
Otto
es un rinoceronte
Ole Lund Kirkegaard
ALFAGUARA



Título original: *Otto er et naesehorn*

Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad, 767. Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**
Avda. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**
Avda. Venezuela N° 276, e/Mcal. López y España, Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-120 - 5
Depósito legal: M.1.936-1998
Impreso en Chile/Printed in Chile
Séptima edición en Chile: marzo 2007

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Otto es un rinoceronte

Ole Lund Kirkegaard

Ilustraciones del autor



Capítulo 1

El niño se llamaba Topper, y no puede decirse que fuera muy hermoso.

Su pelo era entre colorado y castaño, casi como el hierro oxidado; era tan grueso y duro que, para que estuviera un poco presentable, su madre tenía que peinárselo con un rastrillo.

Tenía la cara toda llena de pecas y los dientes de arriba casi se le escapaban de la boca.

Topper vivía en una casa de color rojo a la orilla del mar.

La casa roja era grande y vieja, y estaba llena de puertas torcidas y escaleras que crujían.

En el invierno había ratones en el sótano y cuervos en la chimenea.

El resto del año la casa estaba llena de gente, niños y gatitos que corrían de un lado para otro.



A Topper le gustaba mucho aquella casa grande y roja, y cuando volvía de la escuela siempre le decía:

—¡Hola, casa!, hace buen día, ¿eh?

Y entonces le parecía que la casa se alegraba, todo lo que se puede alegrar una casa sin que se abran grietas en las paredes.

En el último piso, debajo del tejado, vivía el portero, Sr. Holm.

El Sr. Holm cuidaba de la casa y trataba que la gente lo pasara bien e hiciera cosas raras.

Fumaba en una pipa pequeña, retorcida como un gancho, y sabía contar historias de miedo, de fantasmas, de brujas y de caníbales hasta hacer temblar.

El Sr. Holm era bajito, gordo y muy amable y tenía el bigote blanco. El Sr. Holm no era caníbal y comía cosas tan normales como carne, sardinas fritas, pan y algunas veces flan de chocolate.

A la pipa la llamaba calientanariz y solamente la sacaba de la boca para contar historias de miedo y para comer.

—Seguro que por las noches duerme con la pipa puesta —le dijo una vez Topper a Viggo.

Viggo era el amigo de Topper.

—No —dijo Viggo—. Mi padre dice que no se puede dormir con la pipa, porque entonces se cae todo el tabaco en la cama y mi padre es muy inteligente y lo sabe todo.

Pero Topper pensaba que el Sr. Holm sabía mucho más y decidió que le preguntaría eso de la pipa sin que se enteraran Viggo ni su padre que era tan inteligente.

El padre inteligente de Viggo se llamaba León y tenía un café en el primer piso de la casa roja; se llamaba CAFÉ LA PESCADILLA AZUL, y todas las tardes estaba lleno de pescadores y marineros que iban allí a comer guiso de carne, a fumar y a beber vino.

Topper vivía en el piso intermedio de la casa roja.

Topper vivía con su madre, que era pescadora y vendía pescado en el mercado,

al otro lado del puerto. La madre de Topper cantaba tan fuerte que hacía temblar todas las ventanas, y los peces saltaban asustados.

El padre de Topper era marinero, navegaba por los siete mares y solamente venía a casa una vez al año.

En la escuela, Topper le contaba a la profesora y a los otros niños cosas de su padre.

—Mi padre —dijo Topper un día— es un marinero auténtico, navega en alta mar y tiene dentadura postiza.

—¿Qué es dentadura postiza? —preguntaron los otros niños.

—Bueno —dijo la maestra poniéndose las gafas—. Una dentadura es postiza cuando se pueden quitar y poner los dientes de la boca.

—¡Caray! —dijeron los otros niños—. ¿Puede tu padre quitarse los dientes de la boca?

—Claro que sí —dijo Topper poniéndose muy orgulloso—. Una vez que había tormenta en el mar, se los sacó para

mirarlos un ratito y PLOP, se le cayeron en medio de las olas y desaparecieron.

—¡Oh! —dijeron los otros niños—. ¿Hicieron PLOP?

—Sí —dijo Topper—. Un auténtico PLOP y entonces ya no tuvo más dientes y durante mucho tiempo se tuvo que conformar comiendo sólo sopas y papillas.

—Aggg —dijeron algunos—. Eso no podía ser muy agradable para él.



—No —dijo Topper—. Fue terrible y al final, del disgusto, agarró la fiebre amarilla.

—¡Jesús! —dijo la maestra—. ¿Agarró la fiebre amarilla?

—Sí que la agarró, y además una muy gorda; pero ahora ya está bien y en vez de fiebre amarilla agarró una mujer en cada puerto —dijo Topper.

A la maestra casi se le cayeron los anteojos.

—Bien —dijo—. Ahora vamos a escribir y ya oiremos más cosas del padre de Topper otro día.

Los niños tomaron sus cuadernos y se pusieron a escribir todo lo bien que podían.

Pero pensaban mucho en el padre de Topper y en sus extraños dientes que se podían quitar de la boca.

Todos deseaban poderlo ver bien cuando volviera a casa desde alta mar.

También vivía en la gran casa roja una señora mayor.

Se llamaba Sra. Flora y tenía una

trompeta de oír, dorada y larga, porque era muy sorda.

Su balcón estaba lleno de enormes macetas con flores y jaulas con pajaritos verdes.

—Las flores son lo más bonito que existe —le dijo un día al Sr. Holm cuando bajaba por la escalera para barrer la calle.

—Sí, es cierto —dijo el Sr. Holm tomando su calientanariz—. No hay nada mejor que las flores, solamente una taza de café.

—¿Cómo dice? —preguntó la Sra. Flora metiéndose la trompetilla en la oreja y volviéndola hacia el Sr. Holm.

—CAFÉ —gritó el Sr. Holm.

—¡Ah!, sí, el café también está muy bueno —dijo la Sra. Flora—. ¿Quiere tomar usted una taza de café, Sr. Holm?

El Sr. Holm aceptó.

—Sí, muchas gracias —dijo—. Si no es abusar demasiado.

—¿Demasiado? —dijo la Sra. Flora sonriendo—. No, no tenga miedo que no le daré demasiado.

Así hablaban el Sr. Holm y la Sra. Flora, de cuando en cuando, de flores y de café; en el fondo al Sr. Holm eso le gustaba.

Casi todos los días se sentaban el Sr. Holm y la Sra. Flora en el balcón, entre flores y pajaritos, felices, mientras tomaban café.

—Un hombre atractivo como usted, Sr. Holm —dijo la Sra. Flora—. Un hombre atractivo como usted debía buscarse una mujer.

—Sí —dijo el Sr. Holm—. Usted y yo casados, no estaríamos mal.

—MAL —dijo la Sra. Flora oliendo la cafetera—. ¿Cree usted que mi café tiene mal sabor?, no es posible, mi querido portero, es café de Java.

—Mmm —dijo el Sr. Holm un poco avergonzado. Bien, salud, Sra. Flora.

Pero estaba pensando: Un día le escribiré una carta y en esa carta le voy a decir así: CÁSESE CONMIGO, DULCÍSIMA SEÑORA FLORA. Una carta así tiene que entenderla esa dulce señora.

Así era la vida en la gran casa roja de la orilla del mar y así era la gente que vivía en ella.

Y ahora ya es hora de contar una cosa muy rara que pasó precisamente allí.

Capítulo 2

Topper era coleccionista.

Coleccionaba de todo, pero principalmente coleccionaba cosas pequeñas, de esas que se pueden meter en el bolsillo, para dárselas a sus amigos.

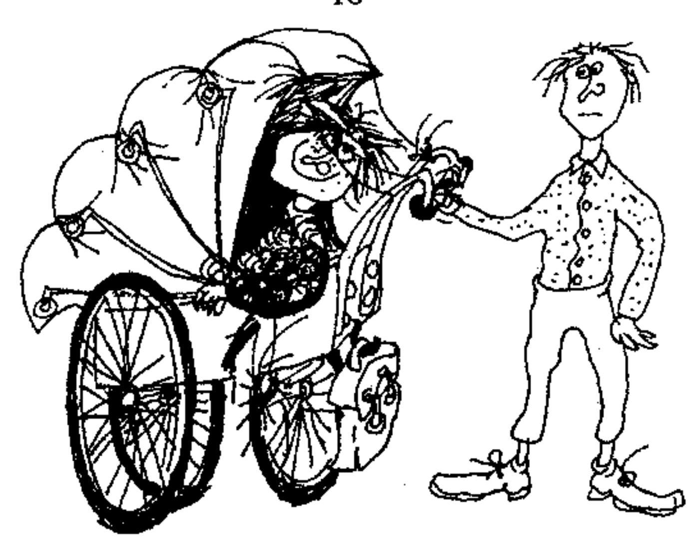
En invierno no se encontraban muchas, pero el verano era la mejor época para los coleccionistas.

En el verano Topper encontraba pajaritos, tapas de botellas y piedras blancas.

También encontraba escarabajos de alas azules, gusanos verdes... y una vez encontró un cochecito de niño, de tres ruedas, todo oxidado.

El carricoche fue una de las mejores cosas que encontró aquel verano.

Topper y Viggo le llamaban TEMBLEQUE y se turnaban para llevarse el uno al otro hasta la escuela.



Pero un día que Topper llevaba a Viggo en el carricoche, vio a su novia, porque, todo hay que decirlo, Topper tenía una novia.

Se llamaba Sille y era muy bonita.

—Hola, Sille —gritó Topper haciendo señas con las manos para que se fijara en él—. ¿Has visto el TEMBLEQUE?

—¿Qué TEMBLEQUE? —preguntó Sille, acercándose rápidamente en su pequeña bicicleta amarilla.

—TEMBLEQUE es nuestro carricoche —dijo Topper señalándolo con el dedo.

—Tonto —dijo Sille al alejarse—. Yo no veo ningún carricoche TEMBLEQUE.

—Bueno —dijo Topper muy sorprendido—. Es posible que no.

Y se dio la vuelta para seguir empujando a TEMBLEQUE, pero del carricoche no había ni rastro.

«Qué raro», pensó Topper mirando para todas partes. «Seguro que se marchó solo a la escuela con Viggo».

Echó a andar, y no había andado mucho cuando oyó una voz muy enojada que gritaba detrás de un zarzal.

—¿Qué es esto? —decía la voz enojada—. Un carricoche en medio de las flores, en mi vida vi cosa igual y además con un niño dentro.

—Sííí —murmuraba la voz de Viggo desde detrás de las zarzas.

—¿Cómo demonios viniste a parar en medio de las flores? —gritó la voz enojada.

—¡Oh! —dijo Viggo—. Pasando a través del zarzal.



—Eso es lo más descarado que oí —gritó la voz enojada—. Voy a decirte algo, esto no es un sitio para jugar.

—No —murmuró Viggo—. Ya lo sé.

—Esto —gritó la voz enojada— es un jardín muy bien cuidado y muy bonito.

—Sí —dijo Viggo—. Y me gustaría salir de aquí corriendo.

—Corriendo —gritó la voz—. Dijiste corriendo, entonces acércate, amiguito.

«Qué raro», pensó Topper. «Ahora le llama amiguito, y uno no debe gritarle a sus amigos...»

Pero Topper no pudo seguir pensando mucho en eso de los amigos, porque de repente apareció Viggo volando sobre el zarzal y detrás de él TEMBLEQUE.

—¡Uf! —dijo Viggo.

—Te lastimaste —dijo Topper y le ayudó a ponerse en pie.

—¡Uf! —dijo Viggo—. ¿Por qué soltaste el carricoche?

Topper se rascó su pelo oxidado.

—Pues —dijo Viggo—. Verás, pasa que Sille venía por allí y entonces creí

que tenía que saludarla, y así...

—¡Claro! —dijo Viggo quitándose las espinas del pantalón—. Eso es lo que pasa con esas tonterías del amor, pero de ahora en adelante seré yo solamente el que empuje a TEMBLEQUE.

—Bueno —dijo Topper—. Está bien.

A Topper le parecía muy bien ese arreglo y pensó que, después de todo, eso del amor en el fondo no era tanta tontería.

—¿Sabes una cosa, Viggo? —dijo Topper—. Tú también tienes que encontrar una novia.

—¡Bah! —dijo Viggo tragando saliva—. Tú estás loco.

—Sí —dijo Topper—. ¡Quizás!

Y se sentó todo cómodo en TEMBLEQUE, el carricoche, soltando un par de pitidos fuertes.

—¿Qué haces? —preguntó Viggo, un poco asustado, parando el carricoche.

—Silbo —dijo Topper sonriendo muy complacido—. Estoy silbando, amiguito.

Capítulo 3

Sí.

El carricoche TEMBLEQUE fue un buen hallazgo.

Por lo menos para Topper.

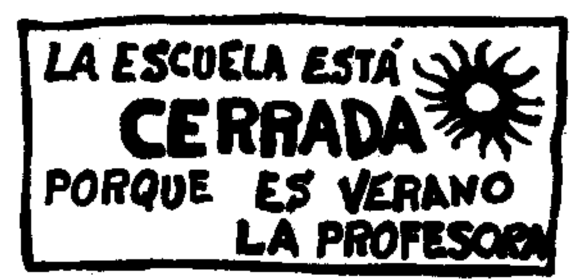
No tenía nada en contra de que Viggo prefiriera empujar a TEMBLEQUE, y todos los días Topper se sentaba en el carricoche y silbaba.

Y algunas veces, si tenía suerte, saludaba a su novia Sille cuando pasaba en su bicicleta amarilla.

Y entonces llegaron las vacaciones de verano.

La profesora cerró la puerta de la escuela y puso un letrero.

El letrero decía:



—Bueno —dijo Topper rascándose su pelo oxidado—. ¡Qué pena!

—¡Qué va! —dijo Viggo muy contento—. Creo que tenemos suerte.

Y se fueron a su casa a pasar las vacaciones de verano.

Pero dos días más tarde, Topper encontró algo que era aún mejor que el carricoche.

Era un lápiz.

Topper lo encontró a la orilla del mar, por la mañana temprano, cuando iba acompañando a su madre al mercado donde cantaba y vendía pescado.

Era solamente un trozo de lápiz pequeño, de esos que usan los carpinteros cuando tienen que marcar la madera.

—¡Caray! —dijo Topper metiendo el trozo de lápiz en el bolsillo—. Por lo visto soy un tipo con suerte. Un lápiz así es lo que estuve deseando siempre —añadió a continuación.

Topper siguió andando, con la mano metida en el bolsillo donde tenía el lápiz y cuando llegó a la pared de atrás

del almacén de pescado, se paró.

«Je, je», pensó, mirando a todas partes. «Seguro que un lápiz así escribe bien. Creo que voy a escribir algo en la pared, algo bonito y delicado».

Estuvo pensando un rato algo que fuera, a la vez, bonito y delicado para escribir en una pared.

Y escribió:

SiLLe
te Amo

«Hum», pensó. «Quedó bonito de verdad. Ahora sólo falta que Sille pase por aquí y lo vea».

En ese momento oyó un ruido un poco más arriba.

Era el ruido de una bicicleta que bajaba disparada por el camino.

A Topper le pareció que sonaba como una pequeña bicicleta amarilla, a toda velocidad.

«¡Oh!», pensó con un sobresalto. «Es ella, sucedió».

Se dio la vuelta y se puso de espaldas contra la pared tapando el escrito.

—¡Caramba! —dijo Sille y frenó haciendo saltar los guijarros del camino—. Topper, ¿qué estás escribiendo?

—¡Ejem! —dijo Topper sobresaltado—. Nada de particular, Sille. Solamente dos letras de nada.

—Topper —dijo Sille apoyando la bicicleta contra la pared—. ¿Sabes lo que me parece ?

—NNOO —murmuró Topper—. No lo sé.

—Creo que es algo peor, me parece que escribiste una frescura —dijo Sille—. Porque estás todo colorado.

—¿Sí? —dijo Topper asustado, tratando de que se le quitaran los colores.

—Sí —dijo Sille—. Me gustaría ver lo que escribiste. No importa que sea una frescura.

—Bueno —murmuró Topper tragando saliva—. Es que... Yo... Yo no escribo muy bien, Sille, casi son garabatos.

—¿Sí? —dijo Sille acercándose.

—¡Puf! —dijo Topper moviendo los brazos.

—Escribo muy mal, horriblemente, sólo son garabatos, casi te dolerían los ojos de verlo.

—No importa —dijo Sille—. Déjamelo ver de todas formas.

Y apartó a Topper de un empujón.

«Ahora», pensó Topper y respiró fuerte. «Ahora lo va a ver y a lo mejor se enoja conmigo. Espero que por lo menos no arañe».

Sille se quedó mirando la pared un rato.

—Topper —dijo—. Tú estás loco.

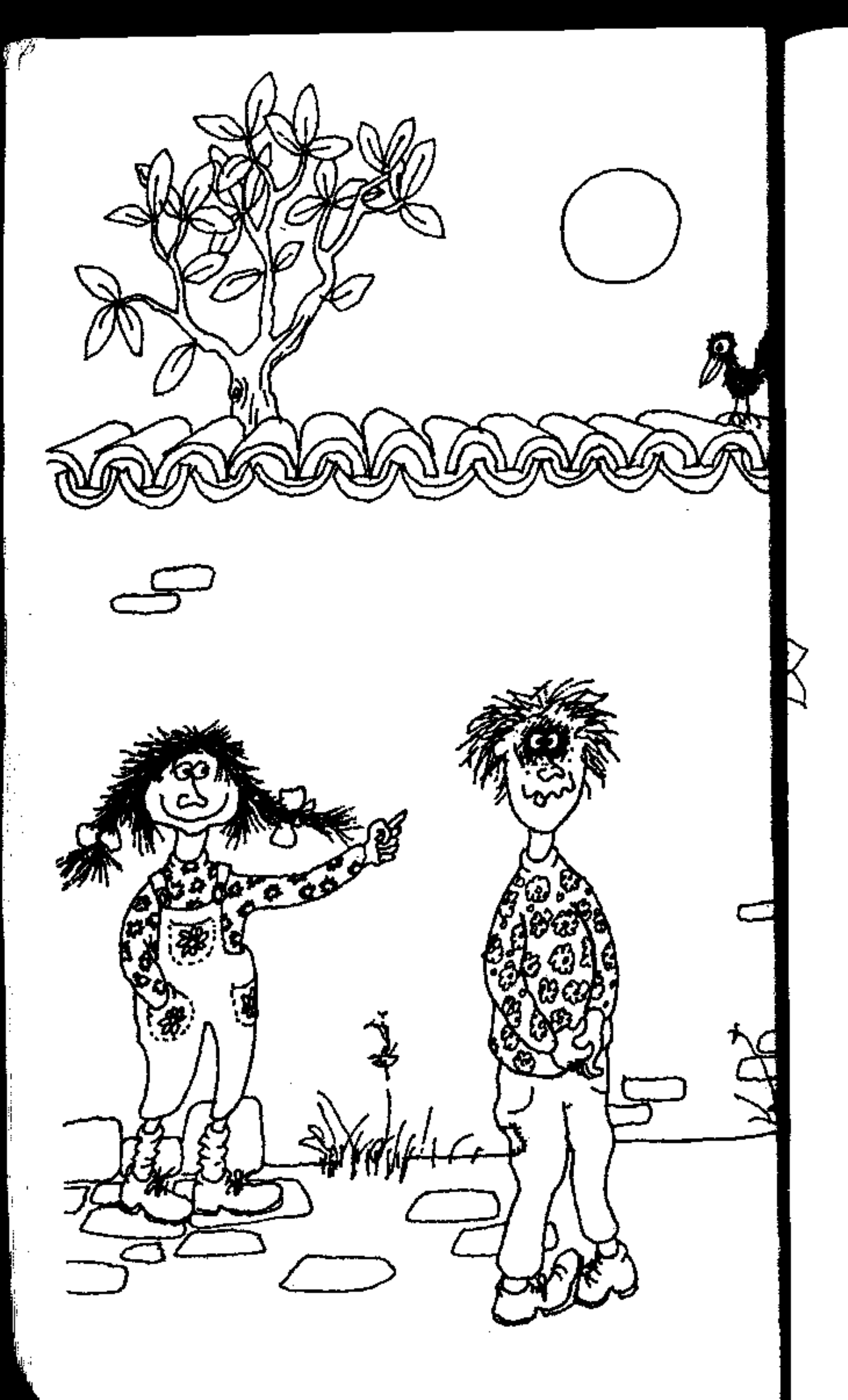
—Sí —dijo Topper—. Ya lo sé. Pero a mí me parece que es muy bonito.

—¿Qué es lo que es muy bonito? —preguntó Sille.

—Eso de la pared —dijo Topper señalando la pared, por encima del hombro.

—Pero, Topper —dijo Sille, riéndose—. Si en la pared no hay nada.

Topper volvió la cabeza despacio y



miró hacia la pared. TODAS LAS PALABRAS HABÍAN DESAPARECIDO.

Aquello tan bonito que le había escrito a Sille, había desaparecido sin dejar rastro.

Solamente quedaba la pared blanca y la sombra de Sille.

—Me engañaste —dijo Sille—. Yo creí que habías escrito alguna frescura sobre nosotros dos.

Se montó en la bicicleta y se fue hacia el puerto.

Topper se quedó mirándola, bajo el sol de la mañana, hasta que la vio desaparecer, a toda velocidad por detrás de unas casas negras de madera.

«Demonios», pensó Topper cogiendo el pedazo de lápiz.

«Es muy extraño. Debe haber algo misterioso en este lápiz. Voy a probarlo otra vez, voy a escribir otra cosa».

Y esta vez escribió:

SILLE es
una tonta

«Porque eso es lo que es», pensó Topper.

«PRAM, CHAS», se oyó de repente.

Y casi sin que Topper tuviera tiempo de volverse, Sille ya se había pasado de largo.

Lo único que pudo ver fueron sus trenzas moviéndose con el viento y el polvo que levantaba la bicicleta amarilla. Y cuando se dio la vuelta para ver lo que había escrito de ella en la pared, se quedó paralizado por la sorpresa.

NO HABÍA NI UNA RAYA EN LA PARED.

Ni una palabra.

La pared estaba toda blanca y soleada y olía a hierba, a brea y a lanchas recién pintadas.

—Este lápiz —dijo Topper, mirándolo bien— es el lápiz más extraño que vi en mi vida. Tengo que mostrárselo a Viggo.

Y se fue corriendo a la ciudad para buscar a Viggo.

Capítulo 4

Viggo estaba delante del CAFÉ LA PESCADILLA AZUL pintando el carricoche de rojo.

—Mira —gritó Topper desde lejos haciendo señas con los brazos—. Mira lo que encontré.

Viggo pegó un salto sorprendido y se salpicó el pantalón con la pintura roja.

—¡Mira, mira! —gritó Topper todo excitado, poniendo el lápiz casi en la nariz de Viggo—. ¿Qué te parece, has visto alguna vez un lápiz así?

—Uf —dijo Viggo tratando de quitarse la pintura del pantalón—. Buena se va a poner mi madre.

—No, qué va —dijo Topper apretando el lápiz muy fuerte—. Nunca sabrá nada de este super-lápiz.

—Ya —dijo Viggo—. Pero sí que sabrá lo de la pintura en el pantalón.

—Tonterías —dijo Topper—. Pintemos el pantalón todo de rojo, hay bastante pintura.

—Sí, claro, y así, aún se enojará más —gimoteó Viggo.

—No, hombre —dijo Topper—. Seguro que ni se preocupa por la pintura. De todas formas, ahora ya no tiene arreglo. Pero, oye, ¿has visto bien lo que tengo aquí?

—¡Ah!, ese estúpido lápiz —dijo Viggo de mal humor—. ¿No tienes otra cosa que hacer que andar por ahí molestando a la gente con tu lápiz?

Y se puso a pintar de nuevo.

—Pero, oye, Viggo —dijo Topper—. Este no es un lápiz corriente.

—Todos los lápices son corrientes —dijo Viggo—. Lo dice mi padre. Mi padre dice: Todos los lápices son igual de corrientes.

—Ya, ya —dijo Topper, riéndose—. Entonces no es tan listo como yo creía, porque, ¿sabes qué tipo de lápiz es éste, Viggo? Este lápiz está embrujado.

—Me importa un bledo —dijo Viggo.

—Cuando se escribe con él —dijo Topper—, desaparece todo lo que se había escrito, casi de repente.

—Sí —dijo Viggo, aún enojado—. Con una goma de borrar.

—No —dijo Topper, levantando la voz—. NO, idiota. SIN goma ni nada.

Viggo dejó de pintar.

—¿Desaparece sin goma? —preguntó y miró a Topper con desconfianza—. Tengo que contárselo a mi padre.

—No, espera —dijo Topper agarrando a Viggo por el hombro—. Nadie ha de saber nada de este lápiz, sólo tú y yo.

—Nunca en mi vida oí hablar de un lápiz así —dijo Viggo—. ¿Estás seguro de que desaparece todo lo que se escribe con él?

—Desde luego —dijo Topper—. Ya lo probé. Todo desaparece sin dejar rastro. Vamos a mi casa a probarlo.

Y se fue, llevándose a Viggo con él.

Por la escalera se encontraron al

portero, Sr. Holm, que bajaba.

—Buenos días, niños —dijo el Sr. Holm—. ¿Quieren oír un cuento de miedo, bueno de verdad?

—NO —dijeron los niños y siguieron escaleras arriba.

—¿Cómo? —dijo el Sr. Holm sorprendido—. Pero si andan siempre como locos para que les cuente alguno.

—Hoy no —gritó Topper—. Tenemos que escribir.

—¡Escribir! —dijo el Sr. Holm—. Escribir, nunca oí nada tan raro, los niños son cada vez más raros. Cuando yo era niño solamente escribíamos después de que el profesor nos tiraba de las orejas.

—Sí, es posible —dijeron los niños entrando en la casa de Topper.

La habitación de Topper estaba llena de cosas raras que colgaban del techo y de las paredes. Todas eran cosas que el padre había traído a casa, de alta mar.

Había cocodrilos disecados y pieles de serpiente, que parecían hechas de papel. Había sables ondulados, cocos

vacíos y figuras talladas en madera.

Viggo miró nervioso hacia el cocodrilo y preguntó:

—¿Dónde podemos escribir algo?

—Bueno, vamos a ver —dijo Topper—. Quizás podríamos hacerlo en la pared.

—¡En la pared! —dijo Viggo asustándose todavía más—. Tu madre se va a poner furiosa.

—¿Furiosa? —dijo Topper—. No, mi madre nunca se pone furiosa. Y después de todo, va a desaparecer.

—Sí. ¡Ojalá! —dijo Viggo—. ¿Qué vamos a escribir?

—No vamos a escribir—dijo Topper.

—¿Quée? —dijo Viggo—. Pero tú dijiste que íbamos a escribir en la pared.

—Sí—dijo Topper—. Pero me acabo de arrepentir. No vamos a escribir, vamos a dibujar. Vamos a dibujar un enorme rinoceronte.

Y empezó a dibujar un rinoceronte.

—No me gusta mucho esto —dijo Viggo nervioso—. A lo mejor no desaparece.

—Bah, no te preocupes —dijo Topper—. No importa, porque yo dibujo muy bien los rinocerontes y creo que mi madre se pondría muy contenta de tener un dibujo así.

Topper siguió dibujando y, después de todo, Viggo tuvo que reconocer que le había salido un rinoceronte muy bonito.



—Bueno —dijo Topper al terminar—. Ahora nos vamos a la cocina y tomamos cuatro o cinco bebidas. Cuando volvamos, verás algo estupendo.

Se fueron para la cocina y cogieron bebidas y pan. Pero sólo habían tomado un trago de bebida cuando oyeron un ruido muy raro que salía de la habitación.

—Escucha —dijo Viggo bajito—. Un ruido.

—Anda a ver lo que es —dijo Topper con la boca llena de pan.

—A lo mejor es algo peligroso —dijo Viggo—. A mí no me gustan las cosas peligrosas.

Pero de todas formas se puso a espiar, con mucho cuidado. Y cerró la puerta de golpe.

—Topper —susurró—. Aún está allí.

—Bueno —dijo Topper tomando bebida—. Entonces tenemos que esperar un poquito más.

—Sí, pero... —siguió Viggo muy bajito—. También hay algo más.

—¿Qué más? —preguntó Topper.

—El, el… guiñó el ojo —dijo Viggo.

—Ja —rió Topper—. Guiñó el ojo. Eso tengo que verlo.

Se bajó de la mesa y abrió la puerta.

—¡Yooooss! —gritó Topper—. Tienes razón, Viggo, guiñó el ojo. Nunca había dibujado un rinoceronte que guiñara el ojo. Es estupendo.

—A mí no me parece estupendo —dijo Viggo.

Y en ese momento, el rinoceronte lanzó un terrible gruñido y movió la cabeza.

—¡Socorro! —gritó Viggo dando un salto.

—Chist, calla —dijo Topper—. Lo vas a asustar como sigas gritando así. Hola, rinoceronte.

—GRUMP, JORK, JORK —dijo el rinoceronte.

Y DE PRONTO, SE PLANTÓ EN MEDIO DE LA HABITACIÓN.

Viggo tragó saliva y cerró la puerta.

—¿Qué… qué vamos a hacer? —dijo muy bajito.

—Mirarlo, claro —dijo Topper abriendo otra vez la puerta.

El rinoceronte se acercó a la ventana y empezó a comer la cortina.

Era un rinoceronte precioso y enorme, y tenía el mismo color amarillo que la pared.

—¡Oy! ¡Oy! —dijo Topper—. Ya tiene hambre. Vamos a darle pan.

Y se acercó con cuidado al rinoceronte con un pedazo de pan en la mano.

El rinoceronte volvió la cabeza despacio, lo miró amistoso y se comió el pan de un bocado.

—GRUMP, JORK, JORK —dijo.

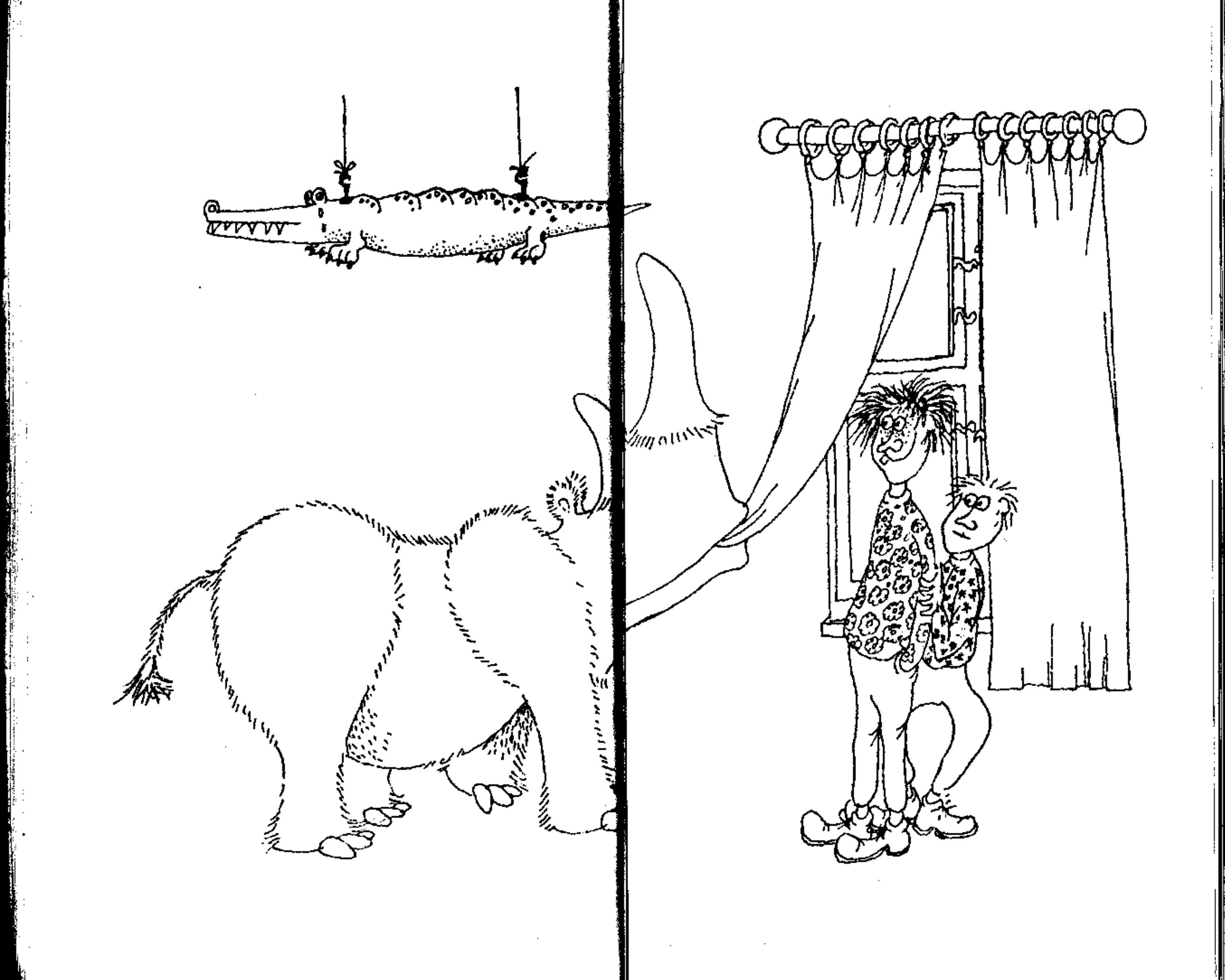
—¡Uy!, se lo come —dijo Topper—. Viggo, trae más pan y una bebida.

—¡Ay! —dijo Viggo—. Creo que no me atrevo.

—Viggo —dijo Topper—. ¿Quieres que nuestro rinoceronte se muera de hambre?

—NO, NO —dijo Viggo, y fue a buscar pan y bebida.

Poco después el rinoceronte se había



comido todo el pan que había en la cocina. Dio un gruñido de satisfacción y empezó a comerse las plantas que había en la habitación.

—¡Anda, tú! —dijo Topper—. Qué tipo, cómo come. ¿Cómo vamos a llamarle?

—Umm —dijo Viggo poniéndose a pensar.

—Viggo, tienes que buscarle un nombre —dijo Topper.

—Umm —dijo Viggo y se puso a pensar aún más.

—¿Cómo se llama tu padre? —preguntó Topper.

—Se llama Sr. León —dijo Viggo.

—Otto —gritó Topper dándole palmadas en el lomo al rinoceronte—. Amigo, te vas a llamar Otto.

—GRUMP —dijo el rinoceronte.

Y siguió comiendo la funda del sofá.

—Tenemos que conseguir más comida —dijo Topper—. Voy a pedirle dinero a mi madre para comprar diez panes.

—Aayy —dijo Viggo muy nervioso

agarrándose a la puerta—. ¿Puedo hacerlo yo, Topper? Tengo miedo de quedarme aquí solo, con Otto.

—Sí, sí que puedes —dijo Topper—. Pero apresúrate, antes de que se coma todos los muebles.

Viggo no esperó a oírlo dos veces, se echó a correr escaleras abajo y no sólo casi se rompe una pierna, sino que también casi se rompe un brazo, y al salir por la entrada fue a tropezar con la barriga de su padre.

—¡Eh! —gruñó el Sr. León dirigiéndose a su hijo—. ¿Adónde vas con esa prisa, muchacho?

—Voy a buscar pan para el rinoceronte —dijo Viggo desapareciendo calle abajo.

—Pan para el rinoceronte —dijo el Sr. León de mal humor—. Dios sabe lo que estos dos locos acaban de inventar. Creo que voy a tener que echar un vistazo.

Capítulo 5

Viggo desapareció corriendo, tanto como podía, en dirección a la pescadería de la madre de Topper, y entró tan deprisa que tiró de espaldas a una señora con su pescado y todo.



La señora fue a parar a un rincón de la tienda, donde se quedó protestando.

—Los niños ahora tienen mucha prisa —dijo levantándose—. Cuando yo era niña éramos más formales.

—Sí —dijo Viggo—. Pero es que yo vengo a buscar dinero para comprar diez panes.

La madre de Topper se puso a reír.

—Parece que tienen hambre —dijo.

—Bueno, es que... —dijo Viggo—. No es para nosotros, es para Otto.

—¡Vaya! —dijo la madre de Topper—. ¿Quién es Otto, un amigo nuevo?

—NO —dijo Viggo—. Otto es un rinoceronte.

—¡OOH!, entonces diez panes no son demasiados —dijo la madre de Topper—. ¿Cómo encontraron a Otto?

—Lo dibujó Topper —dijo Viggo—. Y ahora se está comiendo todos los muebles.

—¡Jesús! —dijo la señora que se había caído de espaldas—. ¡Jesús!, qué manera de mentir, la de los niños de

ahora—. Y se marchó enojada.

—Sí, y también hay que ver el mal humor de alguna gente —dijo la madre de Topper y se echó a reír tan fuerte que se le notaba todo el pecho saltando debajo de la camisa azul—. Denle algo de comer a Otto, pero tengan cuidado de que no haga ningún estropicio.

—Sí, si podemos controlarlo —dijo Viggo y se marchó deprisa a comprar los panes.

Pero cuando uno es niño no es tan fácil comprar diez panes.

El primer sitio al que fue Viggo, era una panadería pequeña con una panadera muy grande que estaba detrás del mostrador limpiándose las uñas cuando Viggo entró.

—Diez panes —pidió Viggo.

La panadera se limpió las manos con el delantal y miraba a Viggo con sus ojos pequeños y observadores.

—¿Diez panes? —dijo y siguió mirando a Viggo con desconfianza.

—Sí —dijo Viggo, que estaba sofocado por la carrera—. Diez panes.



—Mira, ¿quieres hacer el favor de marcharte? —dijo la panadera—. No se puede ir a los sitios a hacerle burla a la gente.

—Sí, pero... —dijo Viggo triste—. Yo QUERÍA comprar diez panes.

La panadera se volvió despacio y abrió una puerta, sin perder de vista a Viggo.

—¡Folmer! —gritó por la puerta—. Ven un momento; ¿me oyes, Folmer?

Folmer era el panadero. Era un hombre pequeñito que sólo le llegaba a su mujer a la cintura.

—¿Qué pasa? —preguntó enojado.

—Este niño, que necesita un tirón de orejas —dijo la panadera poniendo los brazos en la cintura—. Se está burlando de mí.

—¿Se está burlando de ti, Almanda? —preguntó el panadero mirando a su enorme mujer.

—Sí —dijo la panadera—. Entró aquí gritando que quería diez panes, y yo sé que ninguna persona normal se come diez panes.

—No, tienes razón, Almanda —dijo el panadero—. En todo el tiempo que llevo de panadero nunca oí que nadie comprara tantos panes.

—¿Puede saberse para quién es tanto pan? —preguntó la panadera

—Para Otto —dijo Viggo.

—Otto —refunfuñó la panadera—. Eso puede decirlo cualquiera, y ¿quién es Otto?

—Es nuestro rinoceronte —dijo Viggo tímidamente.

—¡UN RINOCERONTE! —gritó la panadera—. ¡Lárgate de aquí! Nunca oí a

ningún niño decir una mentira tan grande.

Salpicaba tanto al hablar que parecía una ballena resfriada.

—Andas diciendo mentiras y burlándote de personas serias como Folmer y yo —farfulló—. Haz algo, Folmer, tú eres mi marido.

—¡Fuera! —gritó el panadero muy enojado—. Fuera de aquí o llamo a la policía.

Viggo no pudo oír lo último, porque ya había salido en busca de otra panadería.

Todo lo que Viggo pudo conseguir fueron cuatro panes.

Cansado y triste se fue hacia la casa roja cargado con los pesados panes.

Pero en la ventana del CAFÉ LA PESCADILLA AZUL, espiando por detrás de la cortina, estaba su padre.

—Umm —pensó rascándose la barba—. Estos dos pícaros están tramando algo, tengo que vigilarlos.

Se puso a escuchar detrás de la puerta y oyó cómo Viggo subía las escaleras.

—¡Ah! —murmuró—. Están arriba, no van a hacer travesuras, de eso me encargo yo.

Pero Viggo no sabía que su padre lo estaba vigilando.

Iba subiendo las escaleras todo fatigado y encontró al Sr. Holm hablando con la Sra. Flora.

—¿Sabe usted una cosa, Sr. Holm? —dijo la Sra. Flora—. Hace como una hora que la cal del techo se cae, ¿no es raro? Y créame, además la lámpara se mueve, parece como si se paseara un elefante por el piso de arriba —dijo señalando con el dedo hacia el techo.

El Sr. Holm se rió al ver a Viggo que subía, aplastado por el peso de tanto pan.

—Hola —dijo el Sr. Holm—. ¿Qué es lo que tienen ustedes dos ahí arriba?, ¿un elefante?

Viggo movió la cabeza, todo agotado.

—No —dijo—. Es un rinoceronte.

El Sr. Holm se volvió hacia la Sra. Flora.

—No es ningún elefante —gritó en la trompetilla, que estaba limpia y brillante—. Solamente es un rinoceronte.

—¡Caramba! —dijo la Sra. Flora—. Cuánto pan come este niño.

—No —dijo Viggo—. Es para Otto.

—¡Oohh! —dijo la Sra. Flora—. Te llamas Otto, claro, claro. Me debo estar haciendo vieja, yo creí que te llamabas Viggo.

Y en ese mismo momento la lámpara de la Sra. Flora se vino al suelo.

—¡Oiga! —dijo el Sr. Holm sorprendido—. Voy arriba un momento a ver ese rinoceronte.

Y se marchó detrás de Viggo, escaleras arriba.

La casa de Topper era una auténtica revolución.

Otto, el enorme animal amarillo, se había comido la tapicería de dos sillones, todas las cortinas de la sala, dos centros de mesa y un papagayo disecado.

Y estaba acabando de comerse la alfombra.

El Sr. Holm se quedó parado en la puerta y sacó su CALIENTANARIZ de la boca.

—¡Por todos los años de mi vida! —dijo rascándose el bigote cuando vio a Otto—. ¿Cómo han conseguido traer aquí arriba un animal tan grande?

—Vino solo —dijo Topper sonriendo.

Le quitó el pan a Viggo, que estaba agotado, y se lo metió en la boca a Otto.

Capítulo 6

—JORK —dijo Otto comiéndose el pan.

Entretanto, Viggo se sentó en un sofá al que le faltaba la tapicería y allí se quedó dormido entre los muelles sueltos.

Holm se acercó al rinoceronte amarillo.

—Es bonito —dijo acariciando a Otto en el lomo—. Me parece que es el rinoceronte más bonito que vi en mi vida.

—¡A que sí! —dijo Topper orgulloso—. Pero —dijo el Sr. Holm— aquí no pueden tenerlo, porque el techo puede terminar cayéndose encima de la pobre Sra. Flora, una señora tan buena y dulce.

—Pues no va a quedar más remedio —dijo Topper—. Es demasiado gordo y no cabe por la puerta.

El Sr. Holm se rascó la cabeza.

—Lo peor es —dijo— que aquí

está prohibido tener animales en casa.

—Lo tendremos escondido —dijo Topper—. Nadie se va a enterar de que lo tenemos.

—Sí —dijo el Sr. Holm—. Pero pisa tan fuerte al andar que se oirá en toda la casa.

—Es porque todavía tiene hambre —dijo Topper—. Así andan los rinocerontes cuando tienen hambre, cuanta más hambre tienen, más fuerte pisan.

—¿Sí? —dijo el Sr. Holm—. Eso no lo sabía. Pero entonces tenemos que hacer algo pronto. Creo que un cajón de hierba y un cajón de remolachas será suficiente por hoy.

Sí —dijo Topper—. Y un poco más de pan.

—Voy a encargar un cajón de hierba —dijo el Sr. Holm saliendo y tropezando con las tablas del suelo que crujían y se levantaban con el peso del gigantesco animal.

Mientras el Sr. Holm estaba fuera, Topper abrió la ventana y allí abajo,

enfrente de la casa roja, vio a Sille que venía montada en su bicicleta amarilla.

—¡Eh!, Sille —gritó Topper.

—Hola, Topper —gritó Sille—. ¿Qué están haciendo?

—Nada importante —dijo Topper—. Pero sube a ver a Otto.

Sille frenó.

—¿Quién es Otto? —preguntó curiosa.

—Otto es un rinoceronte —dijo Topper gritando.

—Tú estás loco —dijo Sille moviendo la cabeza—. Loco de remate, Topper.

—Sí —dijo Topper—. Pero Otto es un verdadero y auténtico rinoceronte amarillo, lavable y todo.

Sille se echó a reír.

—¡Bah! —dijo ella moviendo la cabeza—. No hay rinocerontes amarillos.

—Sille, si te quedas ahí un momento —dijo Topper— es posible que lo pueda acercar hasta la ventana.

—Bueno —dijo Sille—. Esperaré.

Topper trató de empujar a Otto hasta la ventana, empujó con todas sus fuerzas, pero Otto no quería moverse ni un poco. Acababa de encontrar un par de libros en la estantería y parecía que los libros eran su comida favorita, porque decía un JORK después de otro.

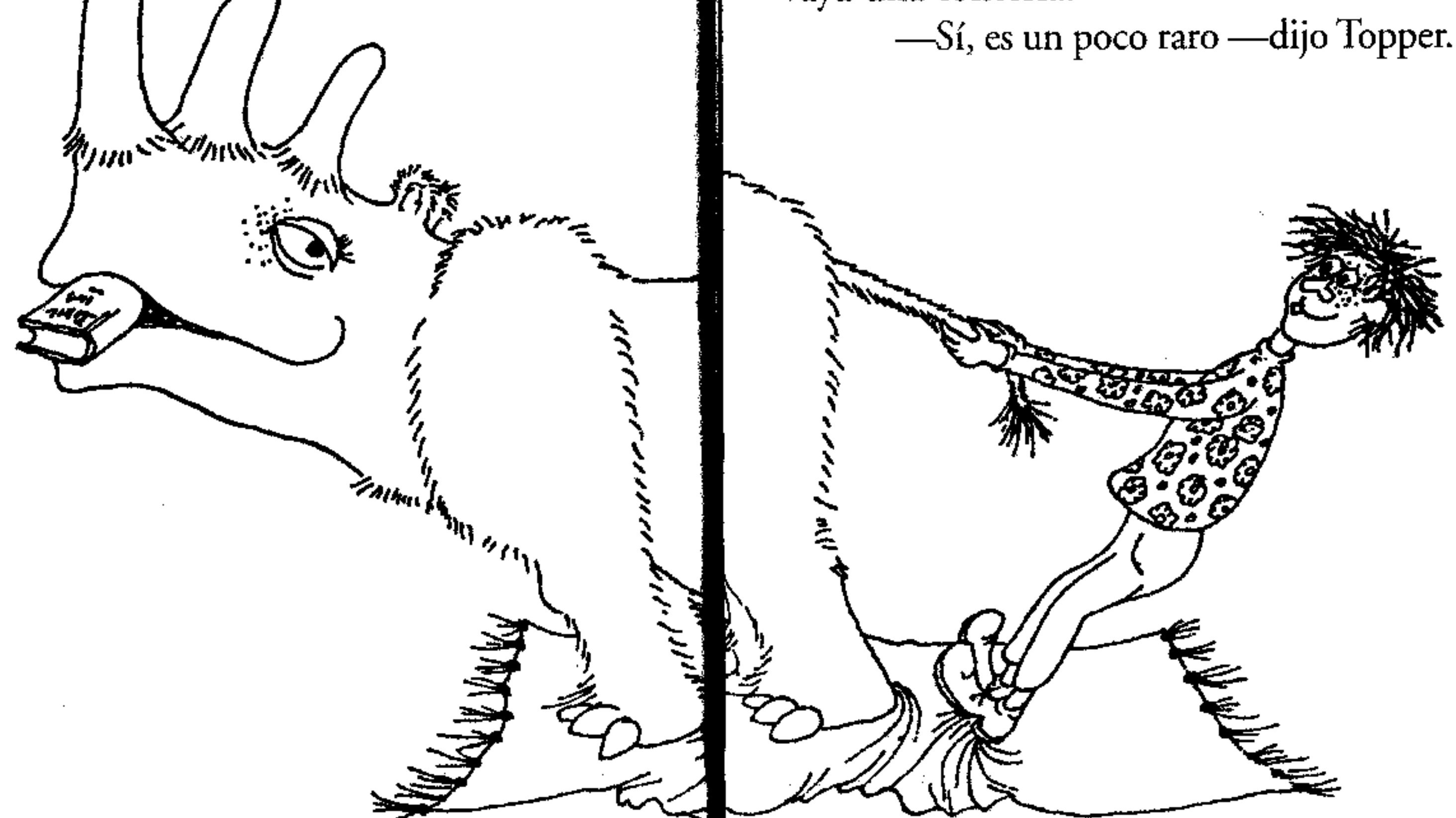
Entonces, Topper probó a arrastrarlo tirándolo del rabo, pero ni así.

—JORK, JORK —decía Otto y seguía comiendo.

—No hay manera —dijo Topper y se asomó otra vez a la ventana—. No quiere asomarse, está comiendo libros.

—¡Bah!, estás loco —dijo Sille—. Un rinoceronte amarillo que come libros, vaya una tontería.

—Sí, es un poco raro —dijo Topper.



—Topper —dijo Sille montándose en la bicicleta—. Eres la persona más loca que vi en mi vida.

Y desapareció a toda velocidad por la esquina de la calle.

Topper suspiró.

—Desde luego, no es tan fácil tener novia —dijo.

—Novia —dijo Viggo bostezando—. ¿Qué novia?

—¡Oh! —dijo Topper—. Era Sille.

—¡Bah! —dijo Viggo y se durmió otra vez.

Abajo, en el teléfono, el Sr. Holm tenía problemas.

Estaba llamando a Amador, el granjero que vivía en las afueras de la ciudad.

—Buenos días —dijo el Sr. Holm—. ¿Puede mandarme un cajón grande de hierba?

—Naturalmente —dijo el granjero—. ¿Adónde se lo mando?

—A la gran casa roja que está a la orilla del mar —dijo el Sr. Holm—. Lo mete directamente por la ventana del segundo piso.

—¿Cómo dice? —preguntó el granjero—. ¿Que quiere un cajón de hierba en la ventana del segundo piso?

—Sí, si es usted tan amable —contestó el Sr. Holm.

—Qué cosa más rara —dijo el granjero—. ¿Para qué quieren la hierba dentro de la casa?

—Bueno —dijo el Sr. Holm—. Nosotros..., ejem... tenemos un animal y hay que darle de comer.

—¿Qué animal? —preguntó el granjero desconfiado.

—Bueno —dijo el Sr. Holm—. Es un rinoceronte.

—Ja, ja —dijo el granjero—. Ya sabía yo que la gente de la ciudad no estaba muy bien de la cabeza. Pero tan mal no creía yo que estuviera. Comida para el rinoceronte del segundo piso, ésta sí que es buena.

—Entonces, ¿no quiere vendernos la hierba? —preguntó el Sr. Holm.

—Sí, sí que quiero —dijo el granjero muerto de risa—. Pero tienen que venir ustedes a buscar la hierba para el rinoceronte. Yo no voy a ir a la ciudad para que se rían de mí por culpa de unos locos.

Y colgó el teléfono.

El Sr. Holm volvió al lado de los niños.

—Tenemos que ir a buscar la hierba —dijo—. La hierba de los rinocerontes hay que ir a buscarla uno mismo.

—También tenemos que conseguir más pan —dijo Topper—. Otto está muerto de hambre.

—JORK, JORK —gruñó Otto pisando con todo su peso.

—Bien —dijo el Sr. Holm—. Voy a buscar un cajón de hierba con la bicicleta, y mientras tanto ustedes tomen el carricoche y vayan a buscar más pan.

En ese momento llamaron a la puerta. Topper miró al Sr. Holm y el Sr. Holm miró a Topper.

—A lo mejor es la policía —dijo el Sr. Holm muy bajito—. Tenemos que esconder a Otto.

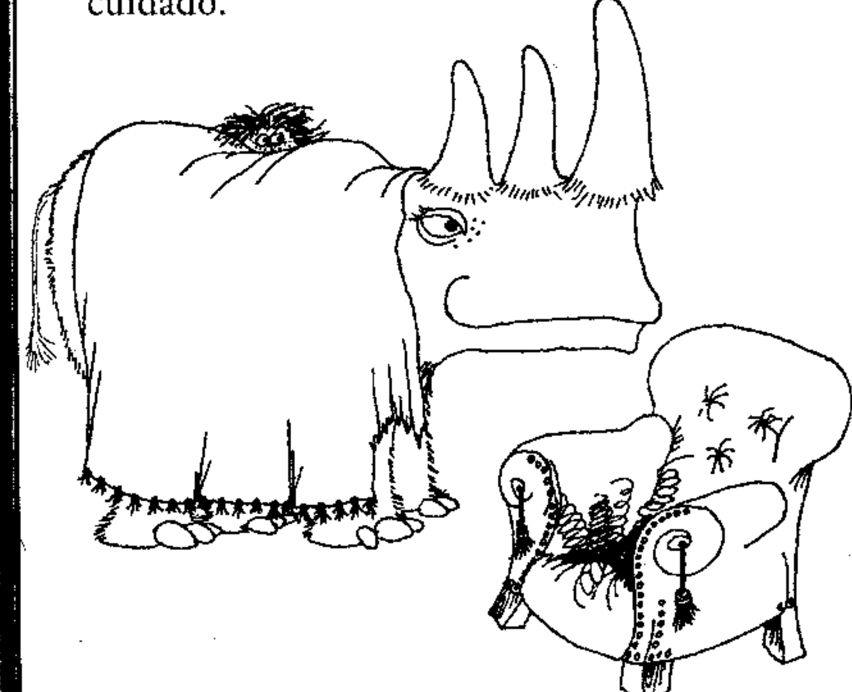
—¿Dónde? —preguntó Topper.

—Debajo de la alfombra —dijo el Sr. Holm—. Le echamos por encima lo que queda de la alfombra.

Llamaron otra vez.

—Rápido —susurró el Sr. Holm—. Tápalo.

Cuando Otto estaba tapado con la alfombra, Topper abrió la puerta con cuidado.



Allí estaba la Sra. Flora y parecía muy preocupada.

—Sr. Holm —dijo—. ¿Sabe que todas mis lámparas se caen del techo?

El Sr. Holm le quitó la alfombra a Otto, y la Sra. Flora miró al animal con curiosidad.

—¡Oohh! —dijo, cruzándose las manos—. Un rinoceronte. Ahora ya entiendo todo mejor. Es tan raro que haya un rinoceronte en casa. Yo no creo que hayamos tenido ninguno antes.

—No —dijo el Sr. Holm—. Es la primera vez que tenemos un rinoceronte.



—¿Qué? —dijo la Sra. Flora—. Dijo usted café. Muy bien, ahora mismo voy a prepararle a usted y a los niños un café bien calentito.

Y así se marchó la Sra. Flora a preparar el café.

—Antes de tomar café —dijo el Sr. Holm—tenemos que conseguir hierba y pan.

Topper despertó a Viggo.

—Viggo —le gritó—. Vamos a buscar pan.

—No —dijo Viggo con voz dolorida—. Yo acabo de comprar pan.

Pero Topper le cogió de un brazo y, junto con el Sr. Holm, los tres bajaron la escalera y salieron de la casa.

Pero detrás de la puerta del CAFÉ LA PESCADILLA AZUL estaba el padre de Viggo, el Sr. León, escuchando.

—¿Qué pasará? —pensó—. Ahora baja el Sr. Holm con ellos como si fuera otro niño más. Aquí pasa algo que no es lo que debiera pasar en una casa normal y decente.

Abrió la puerta despacito y miró a todos lados.

Entonces, se escurrió como una rata por las escaleras crujientes y apoyó la oreja en la puerta del piso en donde estaba Otto esperando a que le trajeran comida.

—Raro —murmuró el padre de Viggo—. Muy raro.

Y se puso a escuchar otra vez.

—Qué ruidos más raros —se dijo a sí mismo—. Es como si hubiera un cerdo dentro.

Y se puso otra vez a escuchar.

«Sin embargo», pensó, «los cerdos no dicen JORK ni GRUMP. Los cerdos dicen SNOF y OINK. ¿Qué podrá ser?"

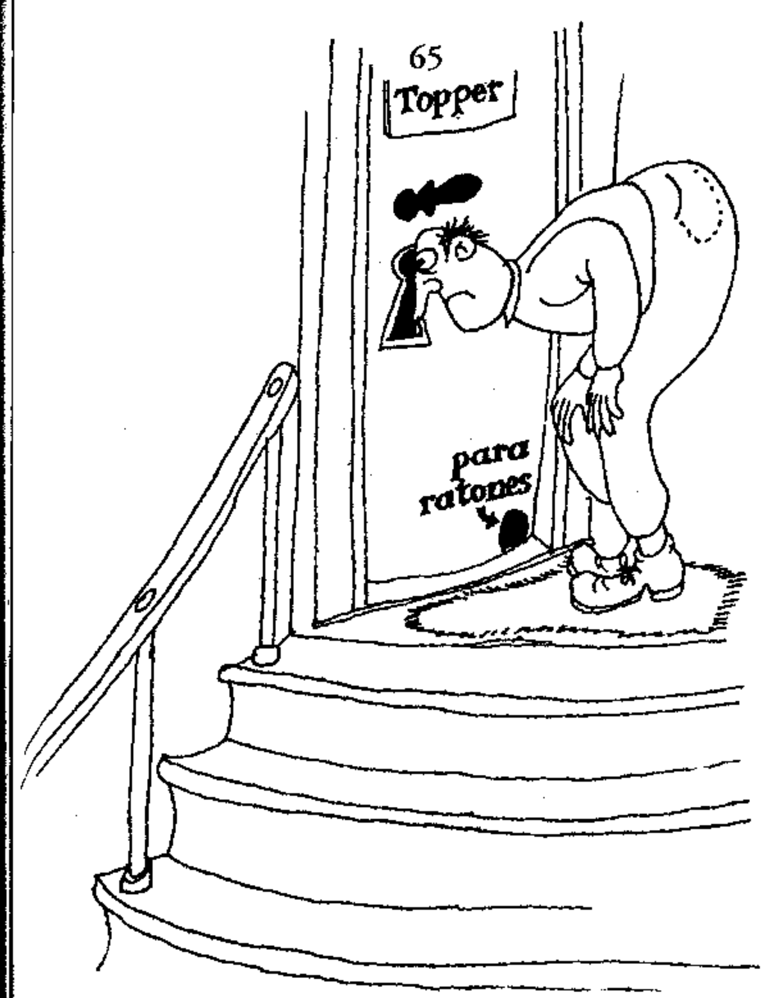
Miró a todos lados, otra vez.

Entonces se agachó para mirar por el ojo de la cerradura.

—¡Ajá! —dijo—. Así que tienen un rinoceronte escondido ahí dentro. Qué descaro, y además un rinoceronte amarillo.

Y bajó corriendo las escaleras.

—Oye —le dijo a su mujer—. ¿Quieres creer que el portero y los niños



tienen escondido un rinoceronte arriba?

—No me digas —dijo la madre de Viggo—. Aquí en esta casa donde siempre estuvo todo tan limpio y ordenado. Un rinoceronte, con lo que manchan.

—Sí —gritó el Sr. León—. Yo me encargaré de que desaparezca.

Capítulo 7

Pero el Sr. León iba a descubrir muy pronto que es muy difícil deshacerse de un rinoceronte que vive en un segundo piso.

Primero llamó al director del Parque Zoológico.

—Buenas —dijo el Sr. León.

—Buenas —dijo el director del zoológico.

—Buenas, buenas —dijo otra vez el Sr. León, mientras pensaba cómo iba a explicarle al director eso del rinoceronte.

—¿Dígame? —preguntó el director molesto—. ¿Tiene usted pensado seguir diciendo *buenas* todo el día?

—¡Ooh, noo! —dijo el Sr. León asustado.

—Eso espero —dijo el director—. Soy un hombre muy ocupado y siempre tengo prisa, usted lo sabe muy bien. Los

directores siempre están ocupados. No puedo gastar mi tiempo en decir *buenas*.

—No, lo comprendo bien —dijo el Sr. León.

—Llamo para venderle un rinoceronte.

—¡Ajá! —dijo el director, y ahora su voz parecía más amable—. Llama para venderme un rinoceronte, eso ya es otra cosa. ¿Cómo es? ¿Es un rinoceronte de África o de Sumatra?

—No lo sé —dijo el Sr. León—. Es amarillo.

El director carraspeó sorprendido.

—Así que amarillo —dijo—. Un rinoceronte amarillo, muy extraño, único. ¿Cuál es su nombre?, señor...

—León —dijo el Sr. León.

El director tosió con fuerza, al otro lado del teléfono. Tosió un rato, un rato tan largo que el Sr. León se puso nervioso, temiendo que el director se hubiera puesto seriamente enfermo.

—¿Quiere usted decir? —dijo por fin el director carraspeando—, que usted es

un león que quiere vender un rinoceronte.

—Sí —dijo el Sr. León un tanto preocupado—. Más o menos.

—Nunca oí nada tan raro —dijo el director—. Los animales vendiéndose unos a otros. Eso no me lo creo yo. Lo que yo creo es que usted es un bromista que quiere jugar conmigo por teléfono. Pero sepa usted, buen hombre, que nosotros los directores no tenemos tiempo para bromas, lo siento pero tengo que colgar el teléfono.

—Pero... señor director —protestó el Sr. León—. Yo no soy ningún bromista.

—¡Ah! —dijo el director—. Entonces debe ser que usted está completamente loco.

Y el director colgó el teléfono con un gran golpe.

—No quiere comprar un rinoceronte —dijo enfadado el Sr. León, a su mujer.

—Entonces llama a la policía —dijo la madre de Viggo—. Puede que hagan algo, la policía siempre puede hacer algo.

El Sr. León llamó a la policía.

—Buenas —dijo—. ¿Qué podemos hacer?

—Buenas —dijo un policía al otro lado del teléfono—. Por mí puede hacer lo que quiera, si no va contra la ley.

—Bien —dijo el Sr. León—. Se trata de un rinoceronte. No podemos deshacernos de él y no queremos seguir teniéndolo en casa.

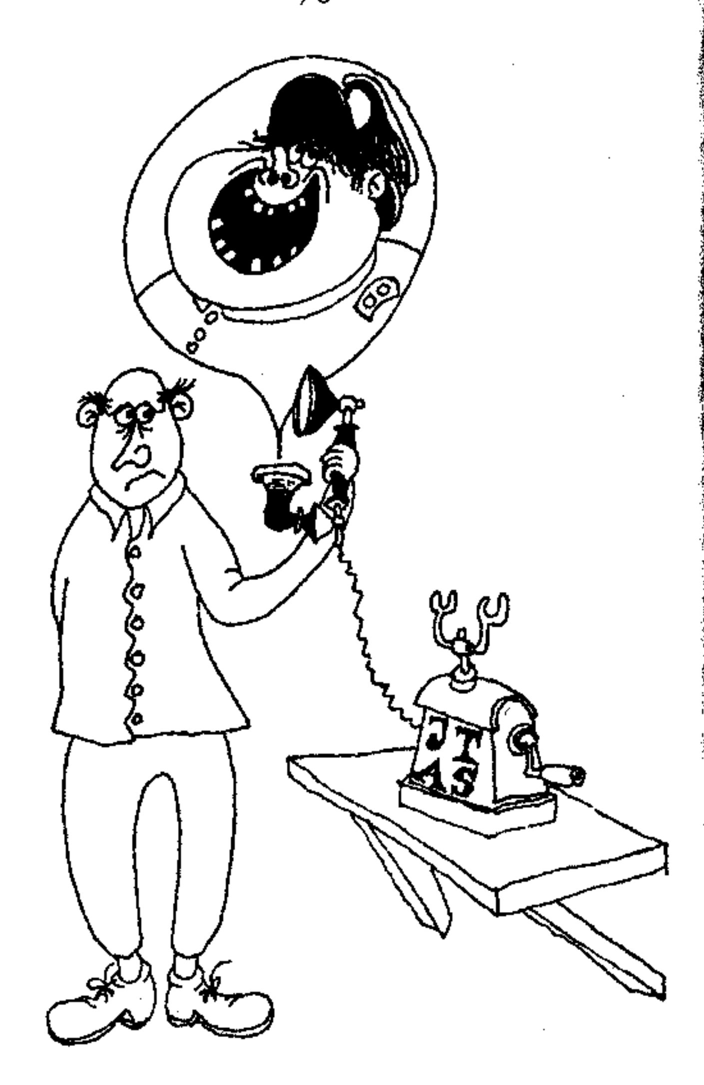
—¿Desde dónde llama usted? —preguntó el policía.

—Desde el CAFÉ LA PESCADILLA AZUL —dijo el Sr. León.

—¡OOH, ya! Ahora que dice lo del café —dijo el policia riéndose—. Llama desde un café y quiere hablar de un rinoceronte. Ahora ya sé lo que puede hacer usted.

—¡AHH! ¿Sí? —dijo muy contento, el Sr. León—. ¿Qué puedo hacer?

—Yo creo —dijo el policía— que debe dejar de beber vino. Cuando uno se emborracha tanto como usted, se ven tantos rinocerontes como elefantes.



—Sí, pero —dijo el Sr. León desesperado—. No he bebido vino, sólo quiero deshacerme del rinoceronte.

—Escuche —dijo el policía enojado—. Si no deja de molestar a la policía con esas tonterías del rinoceronte, tendremos que ir a detenerlo. ¿Le gustaría pasar dos días en la cárcel?

—No, no —dijo el Sr. León.

—Muy bien —dijo el policía—. Ahora acuéstese y ya verá cómo mañana habrá olvidado todo eso del rinoceronte. Buenas tardes.

El Sr. León se quedó un rato con el teléfono en la mano, mirándolo.

Luego, muy despacio, colgó.

—Me parece que me voy a acostar —dijo bajito—, si no, vendrán a buscarme.

Capítulo 8

Mientras el Sr. León, el padre inteligente de Viggo, estaba trabajando para deshacerse de un rinoceronte que ni tan siquiera le pertenecía, los niños también tenían problemas para conseguir pan.

Cuando llegaron a la panadería de la panadera amargada, dijo Topper:

—Compraremos los diez panes aquí, Viggo.

—¡Oh!, no —dijo Viggo—. Nos echarán, no quieren vender pan a los niños.

—¿No quieren vender pan? —dijo Topper—. Qué tienda más rara.

Y se puso a pensar un momento.

—Tengo una idea —dijo—. Seguro que los de ahí dentro son como los cerdos, que siempre hacen lo contrario de lo que se les dice.

Abrió la puerta de la tienda, mien-

tras Viggo se escondía detrás de TEMBLEQUE.

—Buenos días —dijo la panadera—. ¿Qué quieres?

—Nada —dijo Topper.

—¿Cómo? —dijo la panadera—. ¿Quieres tomarme el pelo?

—No —dijo Topper riéndose—. Vengo aquí porque no quiero comprar nada.

—¡Nooo! —chilló la panadera—. Es increíble lo descarados que son los niños ahora. Folmer, FOLMEEER, ven corriendo.

El panadero bajito entró en la tienda.

—Mira —dijo la panadera—. Este chico no quiere comprar nada. ¿Cómo puede ser, Folmer?

—Comprará —dijo el panadero—. Todos los que entran en nuestra tienda tienen que comprar algo. Cierra la puerta, Almanda. No va a salir de aquí sin comprar por lo menos diez panes.

La panadera se plantó delante de la puerta.

—¿Qué dices ahora, pequeño? —preguntó.

—Bueno, entonces deme diez panes —dijo Topper—. No tengo ganas de quedarme aquí todo el día.

—¡Ah!, eso es otra cosa —dijo la panadera—. Aquí no viene la gente a burlarse de nosotros.

Cuando Topper salió, cargado con los diez enormes panes, Viggo abrió los ojos desmesuradamente, como si viese un fantasma.

—¿Cómo? —preguntó Viggo—. ¿Cómo lo conseguiste?

—¡Ooh! —dijo Topper riendo—. No es muy difícil de explicar. Solamente dije que no quería comprar nada.

—Estás loco —dijo Viggo.

—Sí —dijo Topper—. Pero ahora tenemos que ir donde Otto.

Cuando volvían para ver al rinoceronte, se encontraron con un viejecito de anteojos redondos. Miró para el carricoche una vez y luego volvió a mirar.

—Me parece —dijo limpiándose

los anteojos—. Me parece que necesito unos anteojos nuevos. Porque, ¿saben lo que me pareció su hermanito?

—Pan —dijeron los niños.

—Exacto —dijo el viejecito—. Cuando se le ve con estos anteojos, parece un montón de pan.

Y el anciano echó a andar y entró donde el oculista.

Aquel día, la gente que pasaba por delante de la casa roja a la orilla del mar pudo ver cosas muy raras.

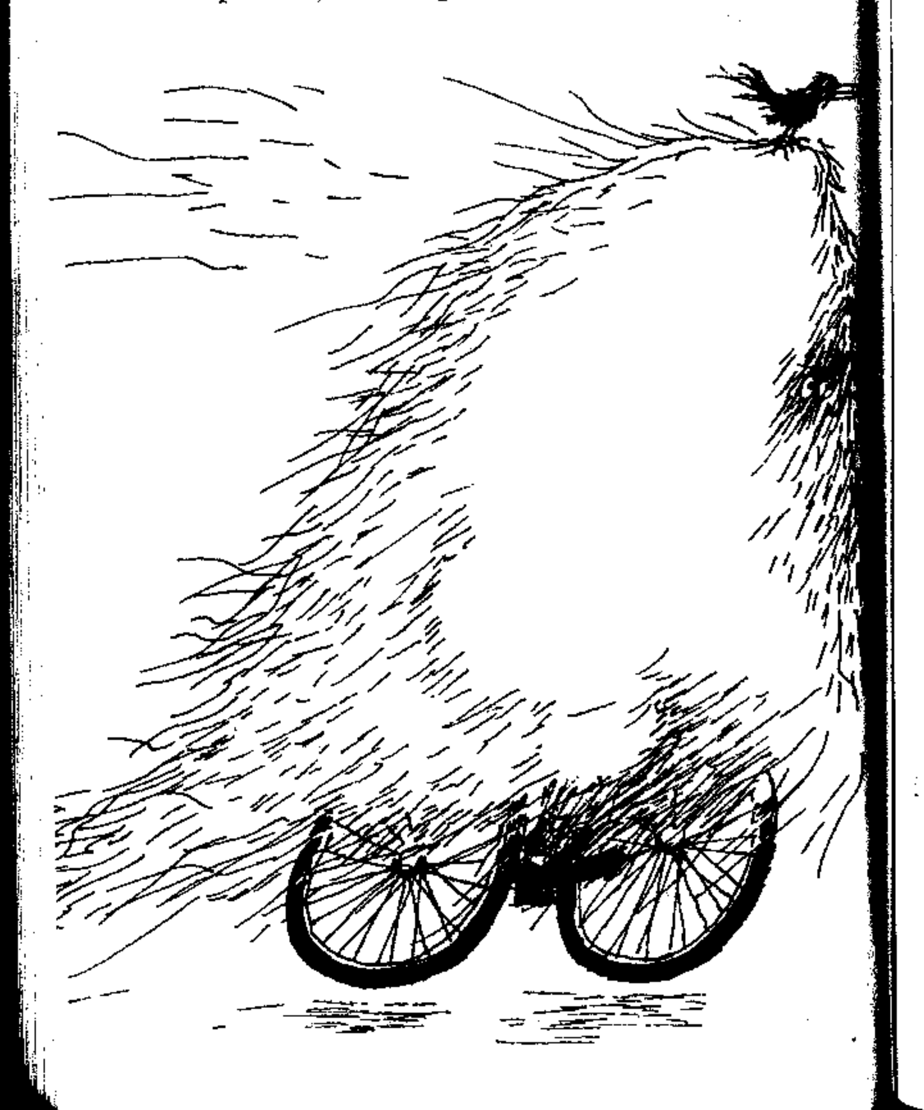
Primero pudieron ver dos niños que iban empujando un carricoche lleno de pan.

Un poco después pudieron ver un montón de hierba que iba en bicicleta. El montón de hierba se paró al lado del carricoche y un hombre con una pipa salió de entre la hierba y empezó a sacudirse la ropa.

Después, pudieron ver cómo el

hombre de la pipa empezaba a meter la hierba por la ventana del segundo piso.

Pero también pasó alguien por allí que vio todo aquello, y ese alguien no era otro que el jefe de policía.



El jefe de policía era el más listo de todos los policías y el que había detenido más ladrones.

Cuando vio que el Sr. Holm echaba hierba a Otto por la ventana, se quedó parado y entrecerró los ojos.

Entonces, se acercó al Sr. Holm con pasos firmes, como suelen hacer los jefes de policía, y le puso una mano en el hombro.

—Hola, buenas —dijo el Sr. Holm, y siguió echando hierba por la ventana del segundo piso.

El jefe de policía se puso serio.

—Buen hombre —dijo—. Según la ley número ochocientos doce, está prohibido echar hierba por las ventanas de la gente.

El Sr. Holm paró.

—Sí, pero —dijo—. El animal tiene hambre. Se está comiendo los muebles.

—¿De qué animal está hablando? —preguntó el jefe de policía.

—Es un secreto —dijo el Sr. Holm poniéndose colorado.

—Está prohibido tener secretos con la policía —dijo el jefe de policía—. ¿Es un caballo?

—Es un rinoceronte —dijo el Sr. Holm.

El jefe de policía sacó del bolsillo un libro muy gordo. LEYES SOBRE TODAS LAS COSAS, decía en el libro.

—Rinoceronte, rinoceronte —dijo hojeando el libro—. No hay ninguna ley sobre rinocerontes.

—Muy bien —dijo el Sr. Holm, más tranquilo—. Entonces seguiré dándole la comida.

—Un momento —dijo el jefe de policía—. Tiene que pagar el impuesto de peso del animal por tenerlo en un segundo piso. ¿Cuánto pesa?

—No tengo ni idea —dijo el Sr. Holm.

—Entonces hay que pesarlo —dijo el jefe de policía—. ¿Tiene usted una balanza?

El Sr. Holm asintió.

—Bien —dijo el jefe de policía. Entonces vamos arriba a pesarlo. Todo tiene que estar en regla, buen hombre.

—Sí, claro —dijo el Sr. Holm.

El Sr. Holm trajo una balanza y con el policía subió al piso donde estaban los niños.

Otto estaba comiendo hierba. Movía el rabo con satisfacción y decía un JONK después de otro.

—Es bastante grande —dijo el jefe de policía—. ¿Cómo lo vamos a subir a la balanza?

—Lo engañaremos con un poco de pan —dijo Topper.

A Otto no le apetecía mucho eso de la balanza, pero al fin consiguieron que pusiera una de sus enormes patas delanteras encima de ella.

—Y ahora abajo, otra vez —dijo el jefe de policía.

Otto quitó la pata de la balanza. La balanza ya no parecía una balanza, estaba aplastada como una tortilla.

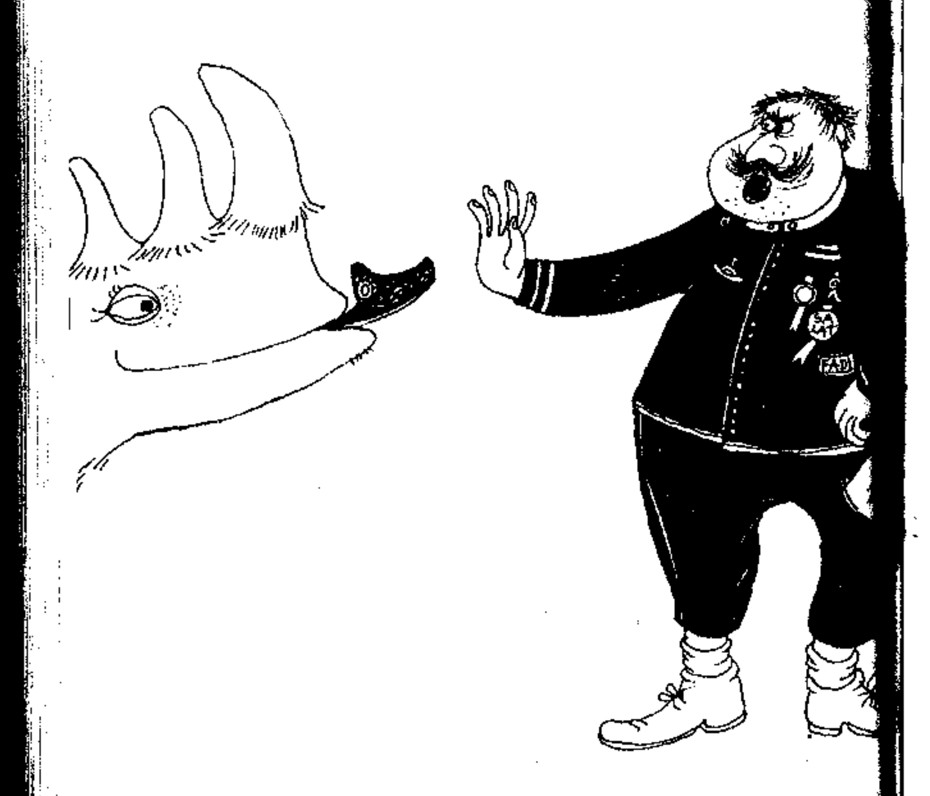
—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó el jefe de policía—. Hay que

pesarlo, para que haya orden en las casas.

—GRUMP, JONK —dijo Otto.

Y empezó a comer la gorra del jefe de policía.

—En nombre de la ley —gritó el policía muy enojado—. En nombre de la ley, está prohibido comerse el uniforme de un policía.



—JONK —dijo Otto comiéndose el resto de la gorra.

—¡Qué desgracia! —dijo el policía—. Tengo que conseguir mi gorra o nadie podrá ver que soy el jefe de policía.

—Ya desapareció —dijo Topper— pero yo te puedo prestar una mía.

Y encontró una gorra verde en el fondo de un armario.

Pero el jefe de policía estaba muy enojado y la tiró en la hierba al tiempo que gritaba:

—Este descarado animal tiene que desaparecer de aquí antes de mañana a las ocho de la mañana o si no, lo meteré en la cárcel.

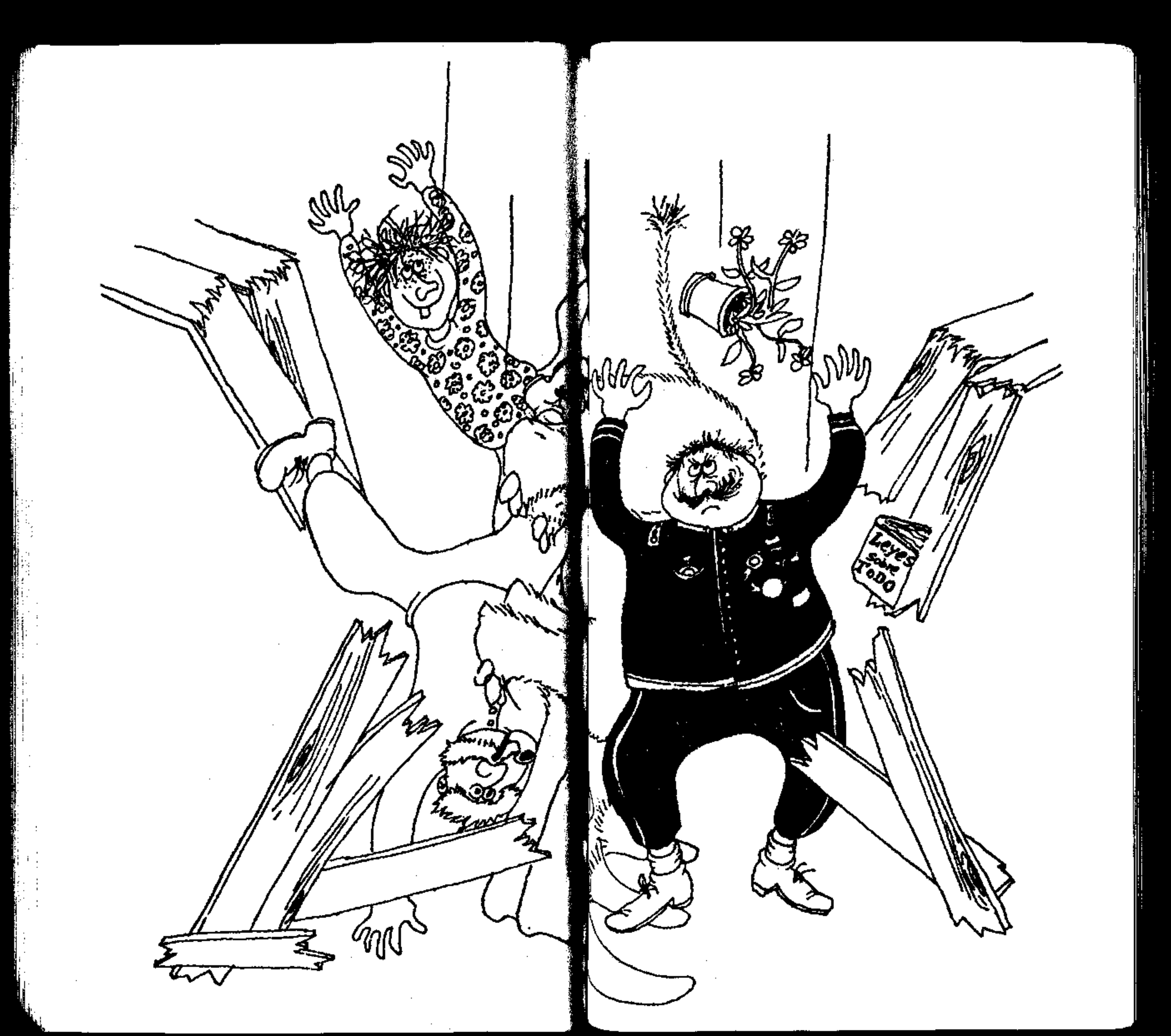
Dio una patada en el suelo e iba a marcharse cuando se oyó un enorme crujido.

El enorme crujido venía del suelo.

Tenemos que recordar que la casa era vieja y el suelo también.

Podía aguantar a Otto.

Podía también aguantar a Otto, a los niños y al Sr. Holm.


Leyes
sobre
ToDO

Pero un jefe de policía enojado que da golpes en el suelo era ya demasiado para aquel suelo tan viejo.

Con un tremendo crujido, el piso se hundió bajo los pies de aquel grupo y con un ¡BUMBA!, aparecieron todos: Otto, los niños, el Sr. Holm y el jefe de policía, en la sala de la Sra. Flora.

—¡Caramba! —dijo la Sra. Flora que salía de la cocina con una jarra llena de café—. No los oí venir, y también viene el rinoceronte, ¡qué divertido!

Le echó una sonrisa al jefe de policía, que estaba casi enterrado bajo la hierba.

—Es que, ¿sabe usted?, señor policía —dijo—. Oigo tan mal.

—Yo no soy un policía —protestó el jefe de policía saliendo de entre la hierba—. Yo soy el *jefe* de policía..

—¡Caramba! —dijo la Sra. Flora dejando el café a un lado—. ¿Es usted panadero? Es una ropa muy rara la que tiene usted para ser panadero. Bueno, ahora vamos a tomar el café todos juntos.

El jefe de policía se dejó caer en una silla.

—Me parece que una taza de café me va a sentar bien —dijo con voz cansada—. Algunas veces esto de ser jefe de policía es muy incómodo.

Allí estaban todos sentados alrededor de la mesa en la bonita sala de la Sra. Flora, tomando café y comiendo galletas. La luz del sol de la tarde entraba por la ventana y, en el balcón, los pajaritos cantaban en sus jaulas.

—Umm —dijo la Sra. Flora sonriendo feliz—. ¡Qué bonito es estar rodeado de tantas personas agradables y de animalitos. Es tan raro que yo tenga gente de visita!

—Son unas galletas muy ricas —dijo Topper.

Estaba sentado a caballo de Otto comiendo galletas a dos manos. A través de la puerta del balcón podía ver el puerto y las barcas blancas de los pescadores, y un poquito después vio algo amarillo que se acercaba.

—¡Eh!, Sille —gritó saliendo al balcón—. Párate un momento y sube a ver nuestro rinoceronte.

—¿Hay también un rinoceronte en casa de la Sra. Flora? —preguntó Sille sonriendo.

—Topper, Topper —dijo Sille.

Pero cuando se marchaba en su bicicleta, le mandó un beso con la mano.

—¡Oh! —dijo Topper y fue a cogerse del rabo de Otto—. Sille es mi novia.

—¡Bah! —dijo Viggo—. Otra vez esa tontería de la novia.

Cuando la madre de Topper llegó a casa, después del trabajo en la pescadería, se encontró con un enorme agujero en el suelo, y cuando miró por él, vio una reunión muy rara en la sala de abajo.

—¡Caramba! —dijo—. Qué reunión más agradable, voy a bajar yo también a tomar una taza de café.

—Sí, ¿verdad? —dijo la Sra. Flora—. ¿Verdad que es una reunión agradable?

El jefe de policía asintió.

—Muy agradable, de verdad —dijo, tomando un sorbo de café—. Nunca creí que un jefe de policía podía estar en una reunión tan agradable.



Capítulo 9

En el CAFÉ LA PESCADILLA AZUL dormía, como una piedra, el padre de Viggo, el Sr. León.

Las dos llamadas de teléfono le habían afectado mucho. Al Sr. León nunca le había sucedido que la gente se burlara de él por teléfono, ni tampoco le había sucedido que la gente no creyera lo que decía. Esas cosas le afectaban mucho al Sr. León.

Pero no pudo dormir mucho.

Su mujer lo despertó tirándolo de un brazo.

—Es muy extraño —le dijo señalando al techo.

—Las lámparas se caen y la señora de arriba salta y hace mucho ruido, es como si no se encontrara bien.

El Sr. León saltó de la cama.

—¿Se caen las lámparas? —preguntó—. Eso es terrible, porque cuando

se haga de noche no vamos a poder ver nada.

—Claro —le dijo su mujer—. Tienes que hacer algo.

El Sr. León se puso los pantalones a toda prisa, subió al piso de arriba, y llamó a la puerta de la Sra. Flora. Detrás de la puerta se oían muchas voces, y oyó como si alguien gritara: «¡Hurra!»

—Parece que ahí dentro hay una fiesta —dijo para sus adentros—, sin importarles que las lámparas de la gente se caigan. Pero ya les enseñaré yo que el Sr. León también puede gritar.

Golpeó la puerta con energía, inflándose como si fuera un pavo real.

Fue el jefe de policía quien abrió la puerta y cuando el Sr. León vio que era el mismo jefe de policía el que abría la puerta, se deshinchó como un balón.

—Je, je —dijo muy amablemente—. ¿Está la señora en casa?

—Sí —dijo el jefe de policía—. Tenemos una pequeña fiesta en honor de Otto.

—¿Sí? —dijo el Sr. León un tanto preocupado—. Pero es que las lámparas se caen, abajo en el café.

—Sí —dijo el jefe de policía—. Cosas así no pueden evitarse, pero es que la señora hace un café tan bueno que le pone a uno de buen humor.

—¿No podrían ustedes golpear un poco menos? —dijo el padre de Viggo—. No me apetece que todas mis lámparas se caigan.

—Lo siento, pero no —dijo el jefe de policía—. Tenemos dentro un animal bastante grande que no podemos sacar por la puerta.

—¿Un animal? —dijo el padre de Viggo poniéndose blanco—. ¿Un rinoceronte?

—Sííí, exacto —dijo el jefe de policía—. Un animal muy grande y muy simpático que se ha comido mi gorra.

—¿Podría verlo? —preguntó el Sr. León.

—Claro, claro —dijo el jefe de policía—. Pase, pero tenga cuidado de no

caerse en la hierba.

El padre de Viggo entró con mucho cuidado en la sala de la Sra. Flora.

—GRUMP, JONK —dijo el rinoceronte amarillo oliéndolo.

—¡Eh! ¿Supongo que no muerde? —preguntó nervioso el padre de Viggo.

—No, no muerde —dijo el jefe de la policía alegremente—. Es muy bueno, es la bondad misma.

El padre de Viggo tropezó con las tablas del suelo.

—¿Cree usted que el piso aguanta? —preguntó.

—Nooo —dijo el jefe de policía.

—Pero entonces, ¿qué voy a hacer? —preguntó el padre de Viggo—. El bicho puede caerse dentro de mi café. Eso no me había pasado nunca.

—Nooo —dijo el jefe de policía—. Pero alguna vez tiene que ser la primera. ¡Anímese, hombre!

Y dio al Sr. León unas palmadas en la espalda.

—¡OOHH! —dijo el padre de

Viggo—. ¿No puede hacer nada la policía con este bicho?

—¿La policía? —dijo el jefe de policía—. Nooo, la policía, buen hombre, tiene que ver con la paz y el orden. Un rinoceronte no es paz, ley ni orden. Un rinoceronte es más bien intranquilidad y desorden, y de esas cosas no nos encargamos nosotros.

—Sí, pero... —dijo el Sr. León— Usted es el jefe de policía.

—Jefe de policía aquí, jefe de policía allí —dijo el jefe de policía—. Ya estoy cansado de mantener todo el tiempo la ley y el orden. Desde hoy me encargo del desorden, de los rinocerontes y del café.

Se sentó y brindó con la Sra. Flora.

—¡Caramba! —pensó el Sr. León mientras bajaba la escalera—. Se volvieron todos locos. Pero yo lo arreglaré, los echaré a todos fuera. Voy a llamar a los bomberos. Si echan agua en el medio de la habitación donde tienen la fiesta, tendrán que marcharse.

Temblando de rabia, llamó a los bomberos.

—Buenas —dijo un bombero al otro lado del teléfono.

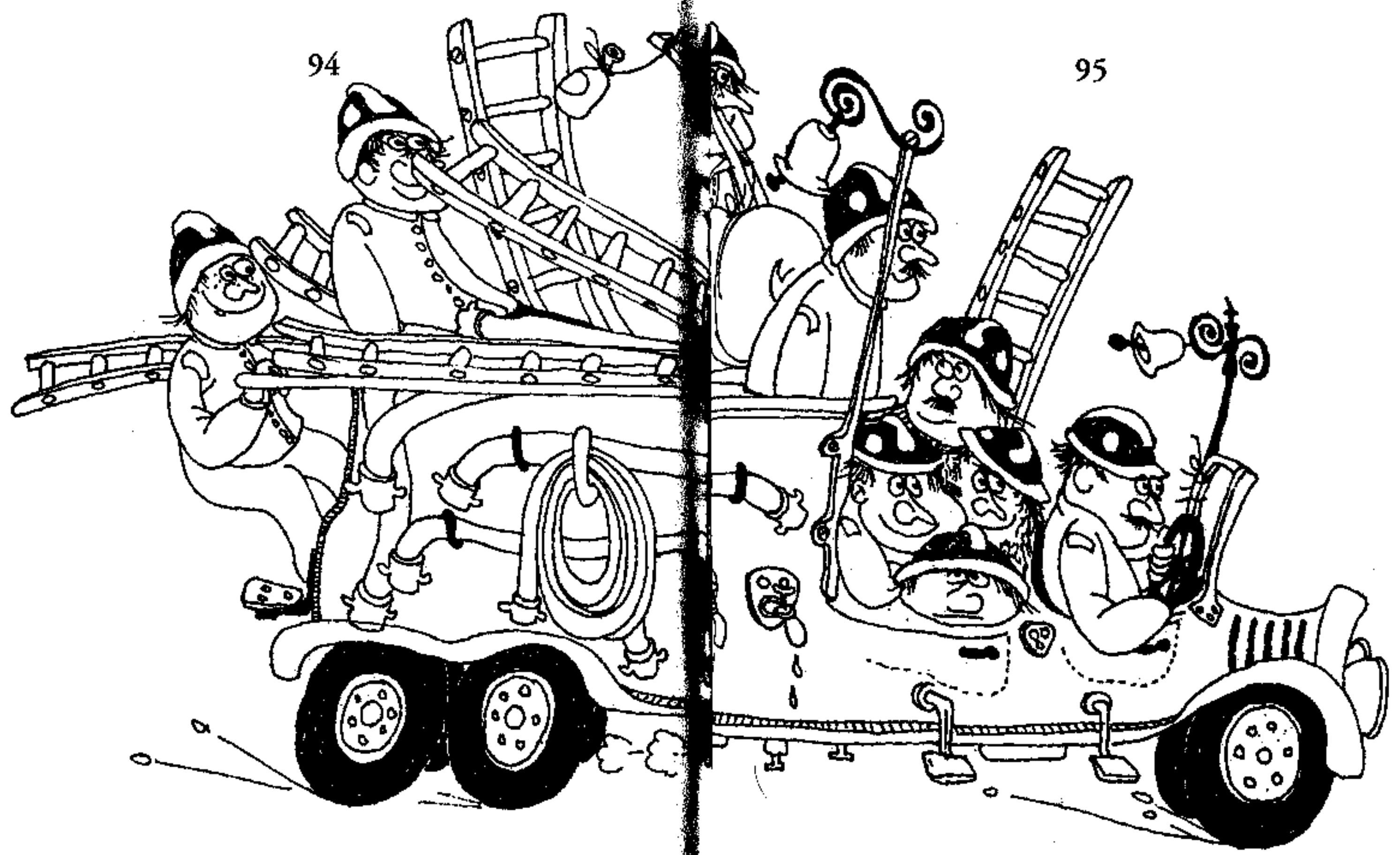
—¡Fuego! —gritó el Sr. León, que no quería decir nada del rinoceronte amarillo—. Hay fuego en el piso de arriba del CAFÉ LA PESCADILLA AZUL. Vengan corriendo a echar mil litros de agua en el piso; pueden echarlos por la ventana del balcón.

—Desde luego —dijo el bombero—. Nosotros los bomberos adoramos echar agua.

Un momento después, las calles de la ciudad estaban llenas de coches de bomberos haciendo sonar las sirenas, y de gente que corría detrás para ver el fuego.

El Sr. León estaba a la puerta del CAFÉ LA PESCADILLA AZUL frotándose las manos.

Dos grandes coches, llenos de bomberos entraron en la plaza donde estaba la casa roja y el Sr. León se puso a señalar el balcón de la Sra. Flora.



—Es allí —dijo—. Apúrense a echar toda el agua, pronto.

Los bomberos miraron al balcón donde había tantas flores que olían bien y donde los pajaritos cantaban en sus jaulas.

—¡Ah! —dijo un bombero—. Yo no veo humo en ninguna parte.

—Sí, pero —dijo el Sr. León, que empezaba a ponerse nervioso—, hay mucho fuego, échenle aunque no sean más que dos mil litros de agua.

Pero el bombero se tomaba las cosas con mucha calma y serenidad.

—Yo no veo ni fuego ni humo —dijo otro bombero—. Pero huele a café. Vamos allí.

Cogieron sus escaleras, subieron al balcón de la Sra. Flora y se pusieron a

mirar adentro.

—Hola —dijeron—. ¿Es aquí donde huele a café?

—¡Ay! —dijo la Sra. Flora poniéndosé muy contenta—. Vienen más visitas. Qué amables son viniendo a verme. Voy a hacer más café.

Y se metió en la cocina, mientras los bomberos entraban en la habitación.

PERO EL SUELO.

El suelo de la sala de la Sra. Flora no estaba hecho para aguantar un rinoceronte y más de veinte personas. Cuando el último bombero entró en la habitación, se oyó el segundo crack gigantesco del día. Y toda la fiesta de la Sra. Flora se cayó al CAFÉ LA PESCADILLA AZUL.

—¡Ay, ay!, qué mala suerte tengo —se lamentaba el Sr. León llevándose las manos a la cabeza y tirándose de los pelos—. No sé qué daría por estar lejos de aquí, en la luna.

—Ahí está ese tipo tan extraño —dijo uno de los bomberos—. Ahora quiere ir a la luna. Me parece que es un

poco tonto.

—NO —dijo Topper acariciando a Otto—. Es muy, muy inteligente. Lo sabe todo.

—A veces esas cosas se suben a la cabeza —dijo otro de los bomberos—. Ahí viene esa señora tan simpática con el café.

Y dando un salto tomó por el aire a la Sra. Flora que se había caído por el agujero del piso.

—¡Uy! —dijo sorprendida—. No los había oído bajar.

Miró con amabilidad al bombero que la había tomado por el aire.

—¿Sabe? —le dijo—. Es que no oigo bien.

El bombero asintió con la cabeza.

—Sí —dijo él y le acarició la cara a la Sra. Flora—. Pero el café sí que sabe hacerlo bien.

—No, no —dijo la Sra. Flora—. No tengo ningún jardín. Pero tengo un balcón lleno de flores. Ya lo verá cuando termine con el café.

Capítulo 10

Se había reunido mucha gente detrás de los coches de los bomberos, para ver el incendio, y muchos se quedaron muy enojados y sorprendidos cuando vieron que no había fuego por ninguna parte.

—¡Bah! —protestó uno dando una patada en el suelo—. No arde nada.

—No —dijo otro—. Un incendio sin fuego es lo más raro que vi en mi vida.

—Sí —dijo un tercero—. Nos tomaron el pelo. Hay que protestar.

Y todas las personas que se habían enojado se fueron a protestar.

Pero también hubo personas más juiciosas. Les llegó el olor a café y entraron en el CAFÉ LA PESCADILLA AZUL.

Allí vieron al rinoceronte amarillo y a todos los bomberos, que estaban muy alegres.

—¡Viva! ¡Viva! —gritaban y aplaudían—. Esto es mucho mejor que un incendio.

Y el padre de Viggo, el Sr. León, que se había arrancado casi todo el pelo de la cabeza, con la rabia, de repente se convirító en una persona muy feliz y sonriente, porque todos los que entraban en su café no se conformaban tan sólo con mirar al rinoceronte amarillo, también querían bebidas, café, vino y comida.

Al final había tanta gente en el CAFÉ LA PESCADILLA AZUL, que tenían que sentarse unos encima de otros. Encima de todo estaban los niños, tomando bebidas y comiendo salchichas que chorreaban toda la salsa de tomate en las cabezas de sus padres, y debajo de todo estaba Otto que decía JONK y GRUMP y se sentía muy a gusto y contento.

—¡Oh! —dijo la Sra. Flora, metiéndose debajo de una mesa para estar más tranquila—. Tantas visitas juntas no había visto yo en toda mi vida. Es una fiesta muy bonita.

—Muy bonita —dijo un niño pequeño que estaba allí poniéndose a soplar por la trompetilla de la Sra. Flora, creyendo que era de música—. Muy, muy bonita.

Y fue una fiesta muy bonita que terminó muy tarde, cuando ya la luna se paseaba por encima de la ciudad.

La luna miraba la ciudad, y sobre todo miraba la casa grande y roja que



estaba a la orilla del mar.

Vio cómo las visitas decían adiós y se iban a casa con sus hijos, dormidos, en brazos.

Vio a los bomberos montar en sus coches y marcharse, vio al Sr. León en la puerta diciendo adiós y, cuando miró por la ventana, vio a la Sra. Flora en mitad del café, con su cafetera en la mano y mirando el agujero del techo.

—¡Caray! —dijo la Sra. Flora—. ¿Dónde voy a vivir ahora? No se puede vivir en un piso que tiene un agujero tan grande en el suelo.

El bueno del Sr. Holm, el portero, carraspeó y se puso un poco colorado.

—¡Humm! —dijo acariciándose el bigote—. Podría venirse a vivir a mi casa, Sra. Flora.

—¿Qué dice? —preguntó la Sra. Flora—. ¿Quiere usted más café?

El Sr. Holm sacudió la cabeza. Entonces, tomó un trozo de papel y un lápiz y escribió con letras grandes:

VÉNGASE A VIVIR CONMIGO, SEÑORA FLORA

La Sra. Flora leyó el papel.

Entonces miró sonriendo al Sr. Holm.

—No es mala idea —dijo—. ¿Sabe una cosa, Sr. Holm?, me llevo la cafetera, seguro que un sorbo de café nos sienta bien.

El Sr. Holm se puso aún más colorado.

—Seguro —dijo—. Sí, completamente seguro.

Un poco más tarde, la luna vio cómo Otto, el rinoceronte de tres cuernos más amarillo del mundo, se tumbaba en la hierba y también cómo el jefe de policía, que ya no quería ser más jefe de policía, se recostaba sobre el enorme animal y se quedaba dormido.

La luna vio cómo el Sr. León contaba todo el dinero que había ganado aquel día, vio cómo cerraba la puerta y apagaba las luces del café y un poquito

después oyó un montón de ronquidos que salían de la casa grande.

El más gordo y fuerte de los ronquidos era el de Otto.

El más chillón era el de Viggo, y el más alegre y raro era el del Sr. Holm.

Porque el Sr. Holm roncaba a través de su «Calientanariz».

Pero de pronto la luna dio un respingo allá arriba, porque había visto una persona muy extraña que se acercaba a la casa.

La persona extraña iba cargada con un saco a la espalda, y andaba con pasos muy silenciosos.

Cuando llegó a la casa roja empezó a mirar a todos lados.

Entonces empujó la puerta de al lado del CAFÉ LA PESCADILLA AZUL y empezó a subir, descalzo, por las escaleras, que crujían, y olían a café.

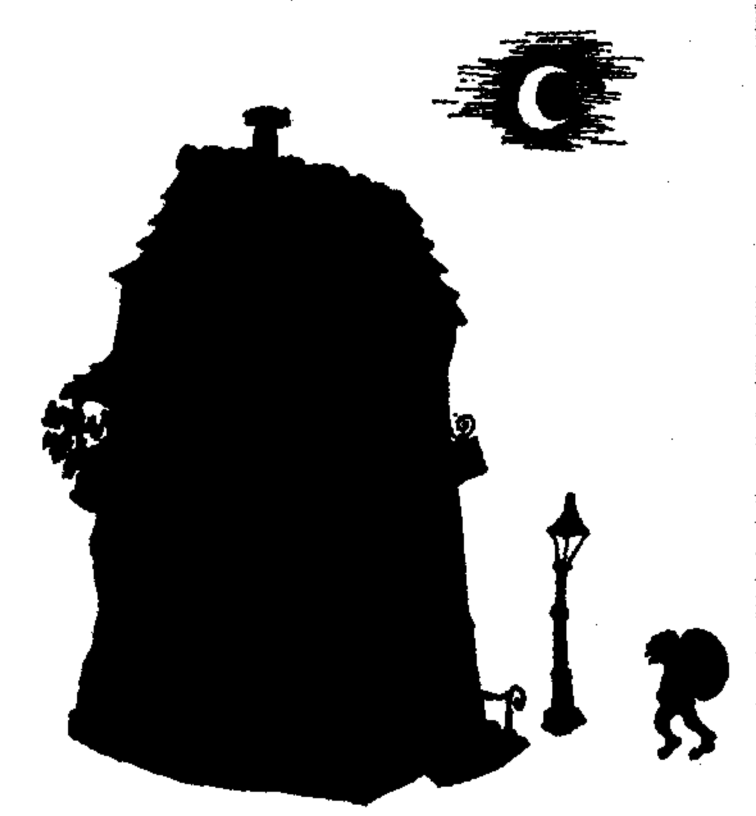
—Café —dijo bajito—. Alguien

ha bebido café.

Se paró a escuchar detrás de la puerta del piso donde Topper y su madre dormían, soñando con rinocerontes, lápices y niñas en bicicletas amarillas.

Estuvo parado un momento, escuchando y sonriendo por debajo de su gran barba.

—¡Ohoho! —dijo—. Ahí dentro duermen como piedras, mucho mejor así.



Abrió la puerta y entró en la sala. Dejó el enorme saco al lado de la puerta.

Pero la extraña persona no podía ver muy bien en la oscuridad, y no vio que había un gran agujero en el suelo.

Con un grito se cayó por el agujero, pasó por el agujero de la sala de la Sra. Flora y fue a dar JUSTO ENCIMA DE LA BARRIGA DEL JEFE DE POLICÍA.

—UUUY —dijo el jefe de policía, despertándose—. Puede alegrarse de que ya no soy jefe de policía, porque entonces tendría que meterle en la cárcel. Está totalmente prohibido saltar encima de las barrigas de la gente.

Encendió la luz y lo mismo hizo el resto de los vecinos de la casa roja, porque no estaban acostumbrados a que nadie gritara UUUY en mitad de la noche.

Hasta Otto se despertó y gruñó JORK, JORK varias veces.

La extraña persona miró al rinoceronte, luego miró el agujero del techo del café y empezó a reírse. Se rió tanto que las lágrimas empezaron a correrle por la

cara, que estaba muy morena por el sol, y se metían por entre la gran barba roja.

—Topper —gritó—. ¿Qué es lo que has hecho, pillo?

—Perdón —dijo el jefe de policía—. ¿Conoce usted a ese niño?

—¿Si lo conozco? —gritó el hombre de la barba roja dándole una palmada en el hombro al jefe de policía—. Ese chico es mi hijo.

—Papá —gritó Topper tirándose por el agujero del suelo—. ¿Traes algún payaso?



—Dos —dijo el padre, abrazando a Topper, tan fuerte que se puso azul—. ¿Cambiamos?

—¿Cambiar qué? —preguntó Topper tomando aliento.

—Por el rinoceronte —dijo su padre.

—Oiga —dijo el jefe de policía—. No puede llevarse el rinoceronte del niño. ¿Qué voy a hacer yo, entonces? Ahora que le tomé cariño al animal.

—JORK —dijo Otto arrimándose al jefe de policía.

—Espera —dijo el padre de Topper—. Conozco a un jefe de las islas de Fitti-Huli, en el mar de Benga, que se alegraría mucho de tener un rinoceronte amarillo tan pacífico como éste. «Un rinoceronte amarillo», me dijo el jefe, una vez que estábamos bebiendo vino de palmera, a la luz de las estrellas, «un rinoceronte amarillo es lo que más me gustaría tener. Si tú pudieras conseguirme un rinoceronte así, te daría tres de mis mujeres más hermosas». Así me dijo, y sería

una pena no hacerle el favor a mi amigo el jefe, ahora que llego a tierra y encuentro un rinoceronte así en mi propia casa. Además, es un buen cambio.

—Sí —dijo Topper—. Pero tú ya tienes una mujer.

—Sí que la tengo —dijo, tomando en el aire a la madre de Topper que se había tirado por el aire, desde el segundo piso—. Yo tengo una mujer muy buena, pero el jefe de las islas de Fitti-Huli no tiene ningún rinoceronte, y me gustaría que lo tuviera.

—Sí, pero ¿y yo qué? —dijo el jefe de policía poniéndose triste—. Voy a tener que ser jefe de policía otra vez.

—Te vas con Otto a las islas de Fitti-Huli —dijo el padre de Topper—. Y además te puedes quedar con las tres esposas.

—¡Oh! —dijo el jefe de policía un poco asustado—. Prefiero tener una sola esposa.

—Bueno, eso tendrás que decírselo tú mismo al jefe —dijo el padre de

Topper—. Pero, Topper, ¿de dónde sacaste ese animal amarillo?

Topper se llevó a su padre a un lado.

—¿Puedes guardar el secreto? —preguntó muy bajito.

—Desde luego —contestó su padre—. Desde luego, hijo.

—Lo dibujé yo —dijo Topper y sacó el lápiz del bolsillo, para que lo viera su padre.

—¿Lo dibujaste? —preguntó su padre.

—Sí —dijo Topper—. Todo lo que uno dibuja con este lápiz, se hace verdad.

—¡Estupendo! —dijo su padre—. Entonces, no te importará que me lleve al rinoceronte. Puedes dibujar otro nuevo.

—No —dijo Topper y se acercó a su padre para decirle al oído—. La próxima vez voy a dibujar un elefante.

Su padre se echó a reír muy fuerte.

—Entonces, tienes que esperar a que le pongan un suelo nuevo a la casa —le dijo.

Capítulo último

A la mañana siguiente, subieron a Otto al barco que lo llevaría junto con el jefe de policía y el padre de Topper, a las lejanas islas Fitti-Huli.

Había muchos niños en el puerto, para ver al rinoceronte, pero cuando vieron al padre de Topper con su enorme barba roja empezaron a gritar:

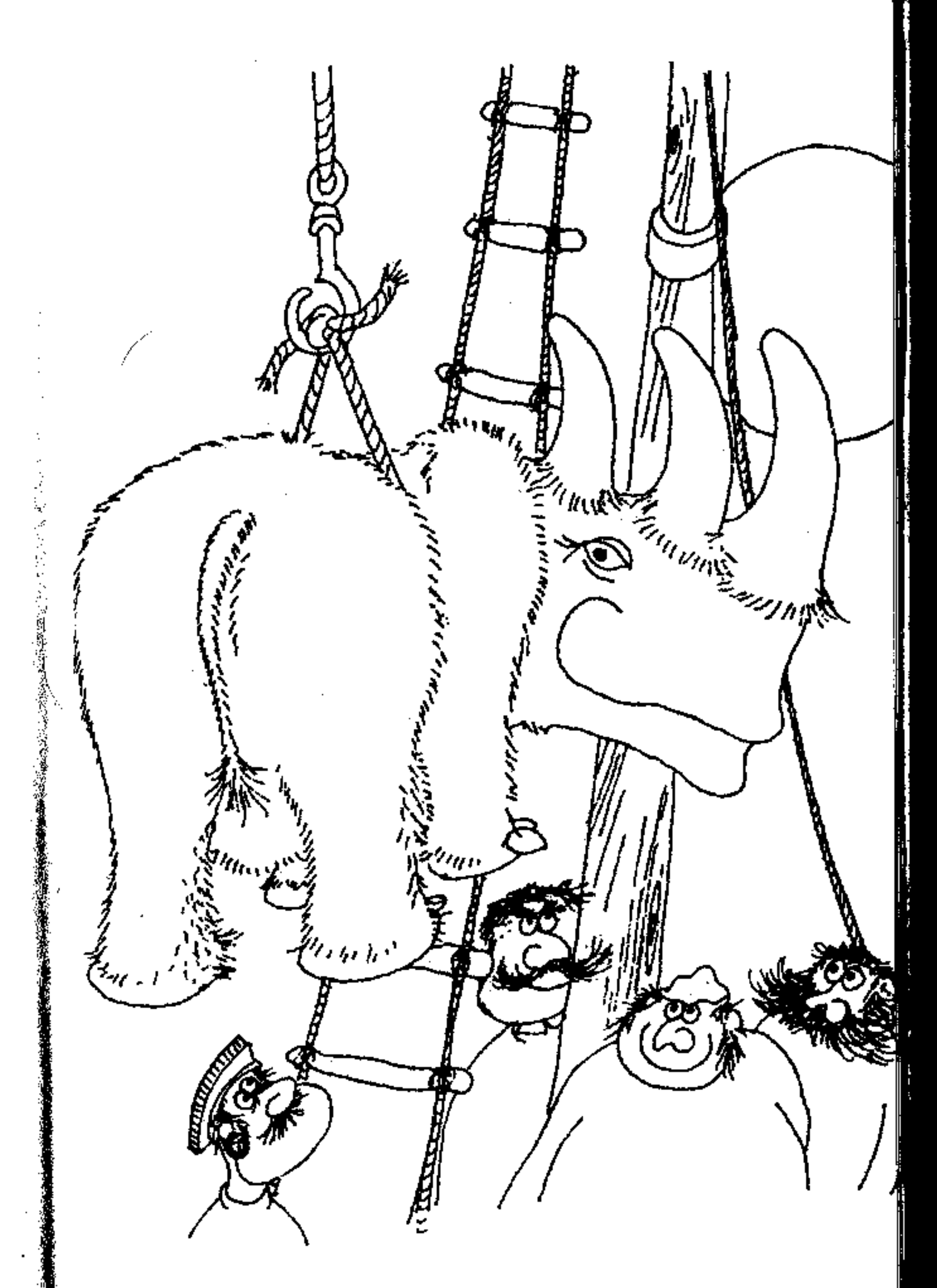
—¿Podemos ver los dientes?

El padre de Topper sonrió y se sacó la dentadura postiza de la boca y todos los niños se pusieron a aplaudir.

—¡Ojalá fuera mi padre el que tuviera unos dientes así! —dijo un niño.

—Los tendrá un día, ya lo verás —dijo el padre de Topper—. Se caen ellos solos.

—¡Qué bien! —dijo el niño—. Me alegro, porque así cuando quiera ir bien presentado se los puedo pedir prestados.



A Otto le habían pasado una cuerda muy gorda por debajo de la barriga, lo levantaron con una grúa y lo pusieron con cuidado encima del barco.

Otto estaba de muy buen humor y cuando iba por el aire soltó unos sonidos muy raros y simpáticos.

—¿Por qué hace eso? —preguntó una niña que estaba comiendo un helado.

—Porque le hace cosquillas —dijo Topper.

El Sr. León también estaba en el puerto para despedir a Otto. Estaba un poco nervioso, porque pensaba que no iba a ganar tanto dinero cuando Otto ya no estuviera en el CAFÉ PESCADILLA AZUL. Al Sr. León le gustaba mucho el dinero.

Pero mientras estaba en el puerto, con su mal humor, se le ocurrió una buena idea.

—¡Ya lo tengo! —gritó—. Voy a llamar a mi café EL RINOCERONTE AMARILLO.

Y se marchó a casa corriendo, a

pintar un letrero nuevo para ponerlo arriba de la puerta.

Cuando ya Otto, el jefe de policía y siete vagones de hierba estaban a bordo, el capitán del barco gritó:

—SALIMOS, ¡RUMBO A LAS ISLAS FITTI-HULI!

Topper recibió un abrazo de su padre, tan fuerte que casi lo deja sin aire, y su madre recibió nueve besos muy cariñosos en toda la boca.

La sirena del barco empezó a sonar. Los marineros empezaron a correr de un lado para otro, muy atareados y Otto soltó el mayor y mejor JONK de su vida.

En el piso de arriba de la casa roja estaban la Sra. Flora y el Sr. Holm tomando el café de la mañana mientras miraban al puerto.

—Mire —dijo la Sra. Flora—. Acaban de embarcar un rinoceronte en un barco. Es extraño la cantidad de rinocerontes que se ven ahora.

—Es el mismo rinoceronte que vimos ayer —dijo el Sr. Holm—. Lo llevan



a las islas Fitti-Huli, a pasearse entre las palmeras y a comer plátanos, y con él también va el jefe de policía.

—¿Café? —dijo la Sra. Flora—. Sí, sí, puede tomar todo el café que quiera, Sr. Holm.

Y cogiendo la mano del Sr. Holm le sonrió.

El barco empezó a salir del puerto. Y los niños saludaron tanto a Otto

que les dolían los brazos.

Estuvieron allí hasta que Otto no se veía más que como un bultito amarillo y hasta que ya no se oían más JORK desde el barco.

—Se fue Otto —dijo Viggo, suspirando—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Topper cogió el lápiz del bolsillo y le guiñó un ojo.

—Un elefante —le dijo al oído—. Rojo.

En ese momento apareció Sille en su pequeña bicicleta amarilla.

—¡Hola, Sille! —dijo Topper—. Mira, ahí va nuestro rinoceronte.

Sille miró al mar y sacudió lentamente la cabeza.

—Topper —dijo ella—. Tú estás loco. Ahí no hay ningún rinoceronte. Es un barco normal y corriente.

Y montándose en la bicicleta se marchó a toda velocidad.

Topper suspiró.

—No es fácil tener una novia —le dijo a Viggo.

—¡Bah! —dijo Viggo.

Y realmente eso era lo que opinaba de este asunto.

ÍNDICE

Capítulo 1 7
Capítulo 2 17
Capítulo 3 23
Capítulo 4 31
Capítulo 5 44
Capítulo 6 53
Capítulo 7 66
Capítulo 8 72
Capítulo 9 88
Capítulo 10 98
Capítulo último 110

OLE LUND KIRKEGAARD

Nació en 1940 en Aarhus (Dinamarca). Una vez finalizados sus estudios se dedicó a la creación literaria. Ha escrito numerosos guiones para radio, televisión, obras de teatro, cuentos y novelas, y ha dedicado especial atencióm a los libros para niños. *Otto es un rinoceronte* fue incluido en 1974 en la lista de honor del premio Hans Christian Andersen.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2007, en los talleres de CyC Impresores Ltda., ubicados en San Francisco 1434, Santiago de Chile.

Otto
es un rinoceronte
Ole Lund Kirkegaard

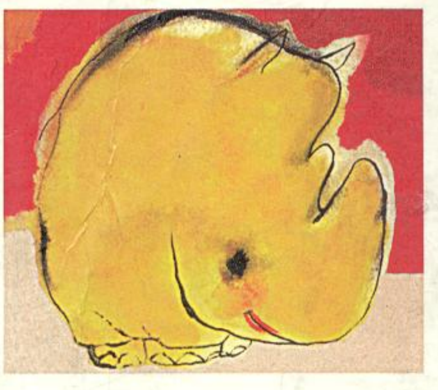


Ilustración de cubierta
RAÚL

Topper encuentra un lápiz extraordinario y único. Emocionado, corre a mostrárselo a su amigo Viggo y con él dibuja un enorme rinoceronte, al que llaman Otto, en una de las paredes de la casa. A partir de ahí empiezan a llover situaciones cómicas, inesperadas y confusas, pues el rinoceronte cobra vida.

Ole Lund Kirkegaard *nació en 1940 en Aarhus (Dinamarca). Una vez finalizados sus estudios, se dedicó a la creación literaria. Ha escrito numerosos guiones para radio, televisión, obras de teatro, cuentos y novelas, y ha dedicado especial atención a los libros para niños.* Otto es un rinoceronte *fue incluido en 1974 en la lista de honor del premio Hans Christian Andersen.*





ISBN 956-239-120-5

